



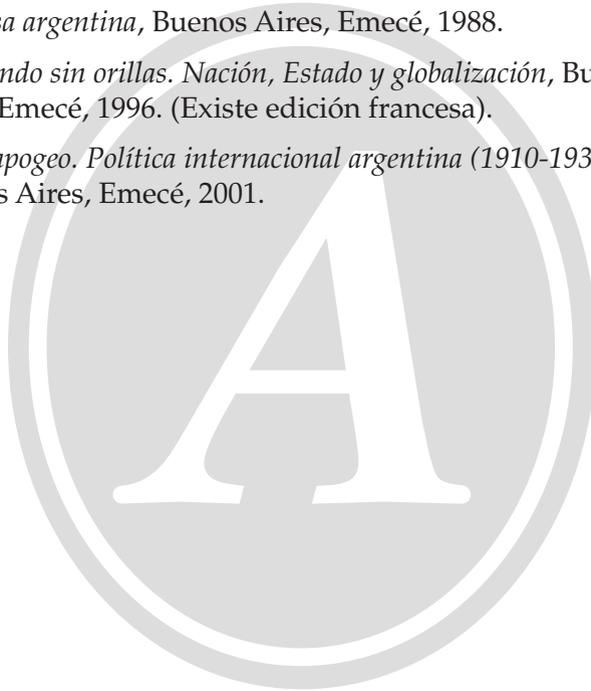


**LA
ARGENTINA
INCONCLUSA**

A

Obras del autor:

- 1 *La integración económica de América Latina. Su teoría*, Buenos Aires, Juárez, 1972.
- 2 *El orden internacional y la doctrina del poder*, Buenos Aires, Depalma, 1978.
- 3 *De Chapultepec al Beagle. Política exterior argentina 1945-1980*, Buenos Aires, Emecé, 1984.
- 4 *La causa argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1988.
- 5 *Un mundo sin orillas. Nación, Estado y globalización*, Buenos Aires, Emecé, 1996. (Existe edición francesa).
- 6 *Aquel apogeo. Política internacional argentina (1910-1939)*, Buenos Aires, Emecé, 2001.



JUAN ARCHIBALDO LANÚS

LA
ARGENTINA
INCONCLUSA

 *Editorial El Ateneo*

Lanús, Juan Archibaldo
La Argentina inconclusa . - 1a ed. , 1a reimp. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.
720 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-950-02-0666-2

1. Historia Argentina. I. Título
CDD 982

La Argentina inconclusa
© Juan Archibaldo Lanús, 2012

Diseño de tapa e interiores: Claudia Solari

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo
© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: abril de 2012
1ª reimpresión: julio de 2015

ISBN 978-950-02-0822-2

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en julio de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Agradecimientos

Agradezco la dedicación y la paciencia de Solange Dassen, quien pasó en limpio los borradores escritos a mano, sin desfallecer ni abandonar su entusiasmo. Me aconsejó y ofreció su sabiduría y sensibilidad. Su madre, Carmen Dassen, especialista en culturas andinas, me ayudó a comprender a los pueblos originarios de América y resumió muchos textos modernos de Sociología e Historia. Ambas, Solange y su madre, fueron interlocutoras permanentes de un diálogo que se extendió durante los cuatro años que duró la realización de la obra. Agradezco a Agustina Molluso su valiosa contribución a la corrección final de este libro.

Quiero expresar mi gran reconocimiento por la ayuda que me brindó Leopoldo Frenkel, con quien mantuve largas conversaciones sobre los orígenes del peronismo y su doctrina política. Frenkel fue colaborador de Arturo Sampay en la cátedra de Derecho Constitucional de la Universidad de Buenos Aires, lo cual confiere interés a sus opiniones sobre las consecuencias de la Reforma constitucional de 1994 y su comparación con la Carta fundamental de 1853 y de 1949.

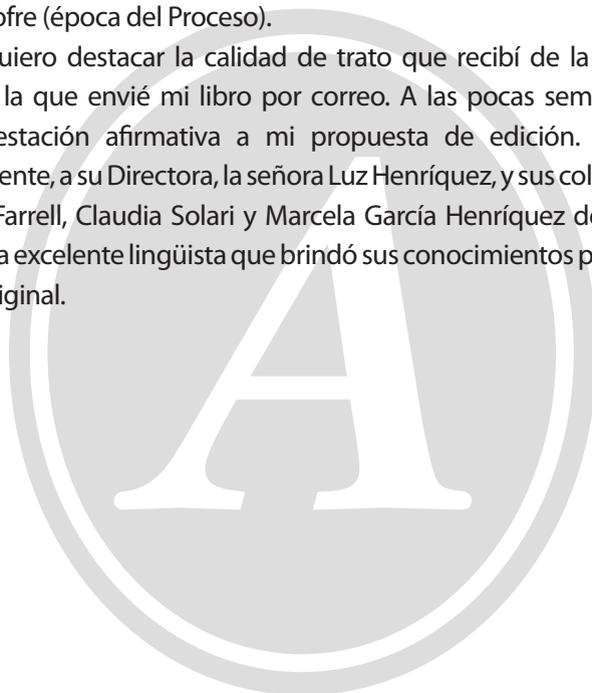
No puedo sino agradecer a Eduardo Carballido, por sus comentarios acerca de cuestiones de fondo relativas a la historia argentina y a sus correcciones sobre el lenguaje.

Agradezco, además, a Hernán Moyano, quien indagó archivos y textos legislativos. Alejandro Ioras, un historiador profesional, fue quien me hizo valiosas correcciones y ofreció resúmenes de varios acontecimientos.

También expreso mi gratitud a las personas que entrevisté y que me ofrecieron su conocimiento y consejos: Enrique Zuleta Álvarez (nacionalismo argentino), Martín D'Alessandro (sistemas electorales), Guillermo Gasió (vida de Hipólito Yrigoyen), Jorge Reinaldo Vanossi

(cuestiones constitucionales), Horacio T. Liendo (cuestiones financieras y endeudamientos de la Argentina), Rodolfo Iribarne (leyes electorales y elecciones en general), Orlando Ferreres (economía argentina), Ricardo Yofre (participación civil en épocas del Proceso), Horacio Jaunarena (juicio contra los militares del Proceso), Jorge Remes Lenicov (recuperación del Estado y análisis del endeudamiento externo público), Horacio Ferrer (temas de la poética de Buenos Aires y la cultura del tango), Nicolás Gallo (gestión económica durante el gobierno de Fernando De La Rúa), Juan Bautista Yofre (época del Proceso).

Quiero destacar la calidad de trato que recibí de la Editorial El Ateneo, a la que envié mi libro por correo. A las pocas semanas, recibí una contestación afirmativa a mi propuesta de edición. Agradezco, especialmente, a su Directora, la señora Luz Henríquez, y sus colaboradores Santiago Farrell, Claudia Solari y Marcela García Henríquez de Süry, esta última, una excelente lingüista que brindó sus conocimientos para mejorar el texto original.



Índice

Prólogo	13
Introducción	21
Capítulo I	
De Mayo a Caseros	33
Raíces de una identidad	37
Mayo: una revolución en soledad	41
Las guerras de la Independencia	49
Intentos constitucionales	64
El código de la violencia	73
Las guerras civiles: de caudillos y militares	79
Caseros o el fin del sistema provincial	84
Capítulo II	
La organización nacional	89
Una Constitución para la unión	92
La formación del Estado	101
El orden por la fuerza	106
La conquista del espacio interior	110
La propuesta liberal	129
El mito gaucho o la otra versión	137
Capítulo III	
La generación del ochenta	147
Los estancieros de vanguardia	156
El sueño de los inmigrantes	163
La escuela pública: <i>M'hijo el doctor</i>	167
El ferrocarril	175
1890: una crisis de sociedad	189
La economía global, motor de transformación	199
El catolicismo frente al Estado liberal	207
Entre los grandes	213

Capítulo IV

La república disociada.....	221
Se apagan las luces del Centenario	222
Los obreros: de la inmigración a la política	231
Dos tragedias: Vasena y la Patagonia.....	240
La revolución radical	247
El golpe de 1930.....	258
Frente a la depresión.....	265
El fin de la inocencia	275
La irrupción peronista.....	281
Una doctrina para la revolución.....	293
<i>Las políticas justicialistas</i>	297
<i>Un mito para los humildes</i>	300
<i>El derrocamiento</i>	303

Capítulo V

Sin rumbo.....	313
Borrar la memoria.....	315
La experiencia desarrollista	329
Gobiernos civiles en jaque.....	343
La otra revolución.....	350
De la resistencia al Cordobazo.....	356
Dos proyectos en pugna.....	366
La restauración democrática perdida	376
El proceso de la tragedia.....	390
<i>La plata dulce</i>	402
<i>El conflicto interior y los derechos humanos</i>	410
<i>El conflicto armado de las Malvinas</i>	422

Capítulo VI

La ilusión democrática	433
La democracia prometida	435
<i>La cuestión militar</i>	443
<i>Pérdida de autonomía: la hiperinflación</i>	449
Ser del primer mundo.....	456
<i>El nuevo Estado</i>	466
<i>Del Plan BB a la convertibilidad</i>	472
<i>Las privatizaciones</i>	479
Reforma constitucional	484
La herencia sin inventario	488
<i>El encierro</i>	492
<i>Hacia el abismo</i>	500

Una corta acefalía	503
El salvataje	506
<i>Salida de la convertibilidad</i>	508
<i>Cambios políticos</i>	516
Hacia la república absoluta.....	518
<i>La hegemonía presidencial</i>	527
<i>¡La deuda eterna!</i>	532
<i>Los subsidios y el capitalismo de amigos</i>	538
<i>El conflicto con el campo</i>	542
Nuevas formas de participación social.....	546
Todavía soñamos	556
Capítulo VII	
Los desafíos	561
La anomia	562
<i>La emergencia permanente</i>	569
La «Sociedad Cohechadora»	573
Gobernar o repartir puestos.....	586
El Estado no es un botín	591
¡Comicios limpios!	697
Crimen y justicia.....	612
<i>Perdones y amnistías</i>	614
<i>Juicios a las Juntas y a los jefes guerrilleros</i>	618
<i>Política y derechos humanos</i>	624
Educar al soberano	633
Terminar con la pobreza	639
Democracia o poder hegemónico	645
¿Y el federalismo?	649
No hay milagro sin esfuerzo	658
«Los hermanos sean unidos»	665
Epílogo	679
Bibliografía	695



Prólogo

«...siento los males de nuestra patria estoica...»

José de San Martín,
carta a Tomás Guido, Montevideo, febrero de 1829

Desde la primera juventud, comencé a leer textos de autores argentinos. Los vinculados a la cultura gauchesca y los testimonios políticos ocupaban un lugar privilegiado en la selección. El *Martín Fierro*, de José Hernández; *Santos Vega*, de Hilario Ascasubi; *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla; la *Historia argentina*, de Vicente F. López eran mis preferidos. Con provecho y placer, también exploré libros de Eduardo Gutiérrez y de José Mármol, las *Memorias* de los generales José María Paz y Tomás de Iriarte, y las obras que formaban parte del Salón Literario de Marcos Sastre, como las de Domingo F. Sarmiento y Juan B. Alberdi. Sin duda, esas lecturas conformaron una visión que permitiría comprender los primeros cien años de la Argentina, así como los antecedentes y los rumbos que se perfilaban entonces.

A partir del ingreso en la carrera diplomática, mi trabajo público exigió una muy intensa preparación en temas internacionales, políticos y económicos. En consecuencia, mis lecturas se orientaron hacia la

documentación de los organismos multilaterales y los escritos de autores dedicados a la política exterior y las complejas cuestiones mundiales o las negociaciones internacionales.

En ese tiempo, escribí una serie de libros vinculados a temas de política exterior e internacional: *La integración económica en América latina*, *El orden internacional y la doctrina del poder*, *De Chapultepec al Beagle*, *Un mundo sin orillas* y *Aquel apogeo*. El recorrido de nuestra actuación internacional, si bien decisiva para comprender la Argentina, no fue suficiente para satisfacer mis inquietudes a la luz de los acontecimientos que nos tocó vivir en las últimas décadas. A fines de la década de los años ochenta del siglo pasado, en plena hiperinflación, escribí un libro que trata de desglosar los grandes temas de la cultura argentina: *La causa argentina*.

1. La presente obra completa desde otro ángulo, temporalmente más abarcador, aquellos trabajos anteriores. El libro nace con el propósito de responder a dos preguntas centrales: hacia donde va la Argentina y por qué no nos va mejor. Si observamos la evolución política y económica de la Argentina en los últimos cincuenta años, descubrimos dos datos innegables: a) Padecemos persistentemente el síndrome de la discordia interior. Los antagonismos y la controversia permanente que se expresa en la política frenan el desarrollo del país e impiden la concertación de decisiones colectivas a largo plazo. Cada Gobierno llega para cambiar lo que hizo el anterior, a veces denigrando a sus antecesores. La Argentina carece de estrategias a largo plazo compartidas por las grandes mayorías, así como de procedimientos institucionales para lograr consensos o dirimir conflictos). La Argentina ha descendido en su posición con respecto del rango internacional de los Estados. Este fenómeno se observa al comparar los índices que reflejan diferentes aspectos de la realidad nacional: educación, gasto en investigación científica, participación en el comercio mundial, producción industrial, corrupción, libertad de prensa, etc. Las instituciones básicas de un orden político democrático

—el Estado, las reglas fundamentales del Derecho, y un Gobierno responsable ante el pueblo— no interactúan de un modo estable y equilibrado, lo cual dificulta lograr consensos que promuevan el bien común, es decir, que tengan como finalidad la justicia y la felicidad de los argentinos.

b) La Argentina experimenta una lenta pérdida de posiciones en el rango de las naciones, medido en función de su ingreso por habitante. Las cifras son inapelables. Entre 1970 y 2004, la tasa anual promedio de crecimiento fue del 1 %, mientras que el conjunto de América Latina lo hizo a una tasa del 3 %, y los países del Asia Pacífico, del 7 %. En 1950, nuestro país era el primero de América Latina por su producto bruto; en 2011, el tercero. Es evidente que no podemos evadirnos de reflexionar sobre esta historia decepcionante. Por muchas razones, estoy persuadido de la utilidad de reflexionar sobre la condición presente de la Argentina, dado que hay sobrados indicios que, con razón, justificarían sostener que somos menos de lo que podríamos ser. Muchos argentinos aseguran que el proceso histórico en el que estamos embarcados ha abandonado el rumbo ascendente que siempre pretendimos para la nación argentina.

2. A pesar de muchos logros productivos, científicos o tecnológicos de las últimas décadas, es casi imposible afirmar que la Argentina evoluciona hacia el perfeccionamiento de la democracia cuando verificamos que los Gobiernos, con frecuencia, pretenden no rendir cuentas de su gestión, hacen lo imposible para evitar el normal proceso de alternancia, y la gestión presidencial, a veces, parece más inspirarse en un modelo de pensamiento único que en los valores del pluralismo republicano. Se han vertido muy distintas opiniones y diagnósticos sobre las causas que inciden en lo que se percibe como un abandono del camino ascendente que habíamos emprendido con convicción a principios de siglo xx. Para algunos, dejamos de lado ciertos

paradigmas culturales; para otros, se debe a causas políticas o condicionamientos internacionales. Se intentó demostrar que la sumisión a intereses extranjeros en distintos períodos nos había sometido a la dependencia y el estancamiento. Estas y otras hipótesis fueron expuestas con diferente grado de aceptabilidad. La evolución de la Argentina continúa suscitando no pocas conjeturas.

3. La lectura de este libro permitirá recorrer las diferentes etapas de la evolución de la Argentina. Los tiempos, los fracasos, los objetivos postergados, sus logros. Podremos constatar y verificar que, a pesar de los ascensos y de las caídas, el pueblo argentino mantiene y mantuvo, en todas las épocas, los grandes ideales que fundaron su nacionalidad. Es indudable que existe en nosotros una fuerza vital que se sobrepone a las decepciones, que tenemos una creatividad que supera los obstáculos generados por errores políticos y que nos mueve emocionalmente una ambición que la juventud preserva en medio de las crisis recurrentes de la sociedad.
4. El año 1983 marca el inicio de una nueva restauración democrática que pone fin al ciclo de los golpes de estado militares. Sin embargo, como veremos en esta obra, no han podido resolverse o superarse muchas de las decepciones o frustraciones nacionales. Vivimos una democracia frecuentemente acosada por la arbitrariedad y el abuso de poder, por la deficiente administración de la justicia, por la falta de garantías a los derechos individuales y colectivos, y por, en algunos casos, permanentes violaciones a la ley por parte de los Gobiernos. El funcionamiento del orden político está desnaturalizado. El argentino vive en una inestabilidad y en incertidumbre constantes. En el terreno de la economía, tuvimos récords mundiales que tiñeron de irresponsabilidad nuestra imagen internacional: una de las catorce hiperinflaciones en la historia de la humanidad

y la más importante cesación de pagos de la economía mundial. En 2010, cumplimos diez años en *default*, sin posibilidad de acceder al mercado internacional de capitales (se han colocado bonos en Venezuela a la exorbitante tasa del 14 %). En la Argentina tuvo lugar, a principios de la década de los noventa del siglo pasado, la más importante confiscación de activos privados de que se tenga noticia en un estado de Derecho. La economía argentina fue sometida a todo tipo de pruebas y ensayos. A partir de 1955, presenciamos una calesita que «frena y arranca»; el resultado de esas vueltas es una pérdida de *status* para el país. Los cambios de signo monetario son sintomáticos. El 1 de enero de 1970, el viejo peso que existía desde 1880 pasó a llamarse «peso Ley 18.188» (se le quitaron dos ceros); en 1983, se creó el peso argentino; en 1985, se inventó el Austral y, en abril de 1991, se le fijó como paridad 10 000 australes por dólar. El 1 de enero de 1992, se cambió el signo monetario nuevamente y su valor se equiparó al del dólar estadounidense. Al modificarse los signos monetarios, perdimos trece ceros. La nueva moneda fue el peso, como antaño. La mayoría de los índices sociales suscitan decepción. Por ejemplo, el nivel de la educación o el efectivo cumplimiento de las leyes previsionales. Una parte importante de la población recibe salarios no declarados; a pesar del crecimiento sostenido del PBI durante varios años, uno de cada cuatro argentinos vive en la pobreza. La corrupción corroe el funcionamiento de la sociedad argentina y ha causado grandes pérdidas económicas al Estado. En épocas recientes, a la corrupción económica —de la que son partícipes muchos de los empresarios privados, que han hecho por este medio enormes fortunas— debe agregarse la corrupción política en que incurren los que venden sus decisiones o lealtades como representantes políticos. La codicia económica de muchos dirigentes políticos y la impunidad que han logrado crear a su favor son una muestra de decadencia. En fin, muchas de las causas de nuestro subdesarrollo político

y del decaimiento económico y social pueden explicarse por la falta de convicción en ciertos valores imprescindibles dentro de un orden democrático y porque se ha cultivado un desprecio de la inteligencia y la preparación profesional.

5. Este libro es un aporte al conocimiento de la evolución del desarrollo político de la Argentina, que abarca el sistema de creencias, los patrones de conducta de las élites y de los sectores populares, y el contenido de las decisiones más importantes de los Gobiernos. Se trata de un ensayo sobre el largo camino de la construcción de la Argentina, esa gran aventura de un pueblo que quiso *ser y hacer algo grande*. Un largo camino que presenta luces y sombras, triunfos y decepciones, logros y esperas. Hemos tratado de evitar muchos nombres propios a fin de no suscitar sospechas de parcialidad.
6. Por razones de espacio este libro ha dejado de lado muchos aspectos necesarios para completar el cuadro, por ejemplo, el rol de la prensa y de los sindicatos y, entre otros temas, algunas cuestiones internacionales. En cambio, he abordado temas tratados casi siempre en forma lateral, como el aporte de los grandes propietarios rurales, la participación de los aborígenes en las guerras de la Revolución y el sentimiento de la juventud excluida que, en el siglo XXI, sueña y espera volver a ser protagonista de nuestra epopeya nacional.
7. Alexis de Tocqueville decía que «las costumbres son más importantes que las instituciones». En la Argentina, un positivismo dominante ha hecho creer que, porque tenemos una Constitución republicana y leyes que garantizan la libertad del hombre y los derechos humanos, somos una democracia. Creemos ser lo que no somos. De nada vale una excelente Constitución si los dirigentes de la sociedad no dan el ejemplo de una buena conducta; y no lo dan cuando insultan, mien-

ten, roban al Estado y ejercen el poder en forma autoritaria sin rendir cuentas, cualquiera sea el texto de la Constitución. Las conductas son, pues, tanto o más importantes que las instituciones.

8. No me dejé influenciar por la visión maniquea con la que muchos autores han contado nuestra historia política. Menos aún he usado categorías ideológicas para explicarla. Me guié por un deseo similar al que proclamó Ulises desde el Infierno de Dante, en *La divina comedia*: «conocer el mundo, los vicios y las virtudes humanas».
9. La anomia se ha amparado en nuestra sociedad, que no cree en las leyes, garantiza la impunidad frente a la corrupción y a los delitos de los gobernantes contra el Estado. Sin embargo, también existe una Argentina alegre, emprendedora y decente. Una Argentina confiada y creativa que no ha sido derogada por el cinismo de muchos dirigentes que han olvidado su rol social, una Argentina que vive en el corazón de las grandes mayorías que no perdieron aún la confianza en sus propias fuerzas y que guardan intacto el caudal de una renovada esperanza.

Juan Archibaldo Lanús

Buenos Aires, diciembre de 2011



Introducción

Desde su nacimiento como nación, la Argentina cimentó su pertenencia al Nuevo Mundo, adoptando el emblemático ideal de la «Libertad». Fuimos la esperanza de un mundo nuevo, sin hambrunas ni conflictos étnicos o religiosos.

La idea de América como mundo nuevo se transformó en nuestro suelo, para asumir una universalidad que no tenía cuando empezó siendo el mito de un mundo separado. El encuentro con los europeos la incorporó a la historia universal. Quizá por el hecho de que la presencia de las culturas originarias haya sido menos dominante en el Río de la Plata, tanto por el número de su población como por el peso de su influencia cultural —salvo en el Noroeste, los pueblos eran nómades—, las influencias exógenas abrieron los cauces a fusiones culturales y mezclajes que en otros lugares de América no tuvieron predominancia tan pronto como en la Argentina.

Atentos a lo que pasaba fuera de nuestras fronteras, incorporamos desde el principio todo lo que nos fuera útil para mejorar la calidad de vida, pasamos en una generación de las caravanas de carretas al ferrocarril de vapor, de las casas bajas a los palacios que calcaban el lujo de metrópolis lejanas; tuvimos siempre sed de modernidad. Fuimos un gran laboratorio donde la diversidad cultural mucho contribuyó a enriquecer lo que había de aborígen, español o criollo en nuestra conciencia y costumbres.

La cultura argentina es el fruto de consecutivos aportes y sedimentos que fueron conformando ideales, valores, creencias religiosas, modelos estéticos, sueños y una forma propia y singular de concebir la vida. ¿No será lo nuestro una interpretación de la utopía del Nuevo Mundo enriquecido por la modernidad? Al deseo prometeico de hacer, agregamos

la esperanza; a la visión pesimista de guerra incesante y de la ambición europea de poder, opusimos la utopía del hombre nuevo despojado del frenético deseo de dominar; a la ambición de conquista, opusimos un Estado que recurría al arbitraje para solucionar los conflictos.

En este territorio austral del continente, el pueblo argentino se propuso realizar un proyecto de Ser y Hacer inspirado en los grandes ideales del humanismo cristiano. Cuando en 1810 dimos el grito de libertad, dos tercios del territorio eran desconocidos. Inventamos el futuro a partir de una concepción grandiosa que cautivó a una muchedumbre llegada de lejos para compartir el porvenir de una promesa.

Aquel gran designio que inspiró el sueño de los fundadores de la patria continúa palpitando en el corazón de la mayoría de los argentinos.

Tuvimos muchos reveses, pero no claudicamos. Fuimos un pueblo de gente resuelta, Como nos recuerda Eduardo Mallea «tomamos la historia en nuestras manos, Nos pusimos de pie; marchamos». «Nos dijimos: Vayamos adelante y fuimos».

Desde el comienzo, tuvimos ansias de Ser y fervor de Hacer.

No pretendimos el extremo de proponer «la búsqueda de la felicidad» que consta en los textos fundacionales de los Estados Unidos, pero nos aferramos a un ideal de vida libre en el inmenso espacio de nuestra geografía. Nos guió un impulso ascendente, querer ser mejores. La Argentina fue una gran apuesta.

Llegamos a ser cosmopolitas como los romanos en la época de Marco Aurelio, pero seguimos siendo americanos.

Inventamos el futuro a partir de una concepción grandiosa. Fuimos la seducción de muchos, el reino de una aventura del alma.

Lo quisimos todo y pronto. Esta fue la fuerza que impulsó la nación hacia su destino. Quizá eran muchas patrias en una, como en el caso de Borges o como lo sintió Rubén Darío:

Salud, patria, que eres también mía, puesto que eres de la humanidad

Rubén Darío, *Canto a la Argentina*, 1910

Entre promesas y reproches

A principios del siglo XX, casi todos los analistas internacionales consideraban a la Argentina como una de las futuras grandes potencias. El ejemplo argentino fue celebrado por la prensa extranjera. *El Diario* de Madrid no ahorra elogios ante el «soberbio despertar» de la Argentina cuya fuerza, decía, «aniquilará todo lo que se le oponga a su paso» (*El Diario*, 8 de abril de 1910). Un largo suplemento del diario *The Times* de Londres se dedicaba a elogiar a nuestro país por ser «uno de los sucesos asombrosos de los últimos tiempos» (*The Times*, 28 de abril de 1909).

Mansilla, el autor de *Una excursión a los indios ranqueles*, estaba convencido que la Argentina era «un país destinado a ser grande, pero la sociedad desarraigada y superficial parecía desertar de esa lógica». Luego pronunció esa frase tan gráfica que gustamos repetir: «Nos van haciendo un pueblo de zarzuela»¹. Mansilla se desesperaba al ver, según su óptica, el desinterés de sus compatriotas por toda empresa de alto rumbo.

Muchos años después, en 1915, Estanislao Zeballos también juzgó la Argentina en términos amargos: «Se vive en plena confusión de los medios con los ideales».

La reflexión e indagación sobre nosotros mismos tiene una larga tradición literaria que se inició en el Salón Literario de Marcos Sastre, en 1837. Sarmiento, Mansilla o Fray Mocho en el ensayo, la novela o la poesía, se plantearon los temas preferidos (los gauchos, el desierto, un país sin ciudadanos). Desde la izquierda, se lanzaron condenas a la «oligarquía» o a la «década infame». Manuel Gálvez, en el Centenario, escribió en su *Diario de Gabriel Quiroga* una serie de admoniciones al materialismo de la sociedad: la «absurda megalomanía» de Buenos Aires².

En 1912, el socialista Juan B. Justo se refería a los «gobiernos de opereta» que había conocido en la Argentina. Para Raúl Scalabrini Ortiz, «el hombre argentino fue un paria en su propia patria» (*Los enemigos del pueblo argentino*, 9 de julio de 1918).

A pesar de sus muchas realizaciones, los autores tanto nacionales como extranjeros señalan la división del país como un factor de debilitamiento³.

Durante los años sesenta, cuando los golpes y las asonadas militares alternaban con los Gobiernos civiles, la crítica extranjera se hizo un lugar común. Jonathan Ward dijo que «el fracaso de la Argentina es el más grande misterio del siglo xx». Algunos autores extranjeros que han vivido muchos años en nuestro país ponen en duda la inteligencia de los argentinos para comprender la realidad. En ese sentido, Witold Gombrowicz afirma que «los argentinos son inteligentes, pero habitados por una anomalía o perversión que los enceguece y los priva de toda facultad de entendimiento. Más se sube en la escala social, peor es»⁴.

Tomás Abraham es un profesor de Filosofía que, en estos días, nos dedica duros reproches: «La Argentina es un país fracasado. No tiene futuro». «Su proyecto de nación ilustrada o rica no va ser. Será, a veces, mejor que Chile, a veces, peor que el Brasil. Es una sociedad que ya no es pionera. La pobreza está y tecnología no la vamos a producir nunca. Punto y después arreglátelas como puedas» (Tomás Abraham, entrevista en revista *ADN*, 31 de mayo de 2008).

Apenas reinstalada la democracia, V. S. Naipul expresaba su perplejidad ante esta tierra nueva que es la Argentina, «donde las realidades políticas del pillaje y de las animosidades han sido disimuladas por la retórica durante años»⁵. Naipul, confirmando la idea de que nada cambia en la Argentina, dice que esto es como un hormiguero: el año acaba como comienza, no hay acontecimientos, solo hechos. El conde Keyserling, en 1932, había dicho algo semejante: «la vida de la sociedad argentina es una epopeya sin acontecimientos».

Después de la crisis del año 2001, el premio Nobel de Economía, Paul Samuelson, cansado de constatar tantos apurtes fallidos expresó: «La Argentina es un caso perdido». Años antes, había afirmado: «Argentina representa un modelo frente al cual cualquier hombre moderno se santigua y dice: *Dios me libre y guarde*».

En una larga entrevista realizada a Alain Touraine en 2002, el catedrático francés afirmó que: «Los argentinos existen, la Argentina no». Touraine se regocijaba de la «democracia que por fin existía», pero aseguró que el país no tenía capacidad de generar programas a largo plazo (*La Nación*, 27 de octubre de 2002).

Hay sin duda una decepción entre los intelectuales que analizan el comportamiento de la sociedad argentina. El filósofo Mario Bunge afirmó no hace mucho que «la Argentina no va a ninguna parte» (*Perfil*, 6 de abril de 2008). Es como si repitiéramos continuamente errores.

Esta ley del eterno retorno ya la había presentado Carlos Pellegrini hace un siglo: «Pasan los años, cambian los actores, pero siempre son los mismos. Nada se corrige (...) las bonanzas halagadoras, como las conmociones, se suceden a intervalos regulares, cual si obedecieran a leyes naturales».

Eduardo Mallea, en un libro que escribió en 1942, pero que publicó recién en la década del sesenta, *La vida blanca*, expresa su tristeza al ver que los argentinos habíamos «perdido los resortes originales que nos plantaron de pie en el mundo». El escritor observaba «la medianía de los grupos políticos, ese conformismo general, ese adormecimiento colectivo de las facultades de la creación, de la rebeldía o de la justicia»⁶.

Mallea veía en la Argentina una historia de «grandeza y caballería magna», éramos un país de pie, porque tomábamos «la historia en nuestras manos». «Éramos casi nada, un puñado de hombres criollos dotados de resolución, una minoría dispuesta a todo», decía en *La vida blanca*; «una familia de mujeres y de hombres positivamente intrépidos, positivamente inteligentes, positivamente dignos y positivamente jóvenes»; (...) «nuestro genio empezó con un *querer hacer*». Ese pueblo de «gente resuelta» había, para él, caído en la abulia: «tanto nos da, públicamente hablando, una cosa como la otra». Si bien el sustantivo del pueblo estaba sano, percibía «un adormecimiento colectivo de las facultades de la creación». Esa resolución que nos habitaba desde que «habíamos arrojado de nuestras calles al varón inglés» nos abandonó. El espíritu encendido se opuso a «la táctica del avestruz con que hoy oculta la cabeza al eco de sus grandes llamados». Carlos Pellegrini parece haber sido el último representante de aquel decoro hecho de «espíritu y entraña».

Para Eduardo Mallea, la Argentina reclama, urgentemente, su reacomienzo: su reasunción espiritual y social. Su retorno a sí misma. Y la energía para llevar a cabo se gasta, se «refugia en lo íntimo de nuestra tierra, y que no tiene región geográfica, sino espiritual»⁷.

Las citas precedentes no implican en este texto la aceptación de los juicios que contienen, sino que deben servir para reflexionar sobre la percepción que ha suscitado el desenvolvimiento de la sociedad argentina. La gran tarea de construir nuestro Estado ha tropezado con obstáculos que postergaron la realización del sueño fundacional. La administración de la vida colectiva ha caído en la tentación del autoritarismo, del fraude, de la hegemonía del poder durante muchos períodos; en fin, de una mala organización, incapaz de brindarle al pueblo mejor calidad de vida de la que hemos logrado.

El facilismo de la pampa pródiga nos hizo olvidar que el esfuerzo y la disciplina son los caminos más seguros para alcanzar el bienestar.

Un proyecto inconcluso

La construcción de la república que hoy somos fue un laborioso proceso de instalaciones sucesivas, de esfuerzos culturales y políticos acumulados. El período hispánico con sus etapas, la Revolución de Mayo, las guerras civiles, la inauguración constitucional, la integración del territorio, la apertura al mundo, la reforma electoral, la avalancha de la inmigración, la justicia social, las repetidas alteraciones constitucionales, la violencia política, los ensayos de democracia.

Fueron casi cincuenta años de guerras, violencia y conflicto hasta lograr una Constitución, pero el orden político fue dislocado, alterado o destruido por el poder o la corrupción de los gobernantes, lo cual ha impedido por largos períodos el equilibrio estable de sus tres instituciones básicas: el Estado, las reglas de derecho del pacto constitucional y el Gobierno responsable ante el pueblo. Esta alteración del orden político en sus tres componentes constitucionales dificultó los consensos, la formulación de políticas a largo plazo y la definición de una estrategia nacional. Veremos en el curso de la obra las causas que imposibilitaron el desarrollo político de la Argentina, las que son el origen de nuestra pérdida de estatus internacional y de las dificultades de convivencia al comenzar el siglo XXI.

Configuramos un espacio abierto que la naturaleza benigna y pródiga nos brindó; somos la expresión de una cultura que resumió diversas procedencias: sobre la ancestral sabiduría de los pueblos originarios del continente, se agregó el legado hispánico, cuya lengua y religión imprimieron los rasgos a una nacionalidad que es americana por su vocación de mestizaje y latina por el legado de la tradición europea. Aportes de las más variadas procedencias ofrecieron a nuestro pueblo un horizonte de diversidad que lo distingue entre las demás naciones de América. Asumimos la herencia de las tradiciones americanas y, a la vez, experimentamos un impulso de modernidad que siempre motivó nuestras apetencias de conocimiento e innovación. La Argentina fue para muchos el paradigma de un nuevo mundo, como lo sintieron Rubén Darío, Martí y tantos otros para quienes el nombre de Argentina evocó una reluciente esperanza de vida plena.

Tuvimos la ambición de los pueblos destinados a cumplir una misión. Los ideales y el anhelo que dominaron la formación de nuestra conciencia colectiva estuvieron concentrados en la búsqueda de la justicia como valor universal, la lucha por la dignidad humana y la permanente preocupación por resguardar la independencia y la soberanía del Estado como condición para realizar el destino nacional. Nuestro ser social fue concebido en un contexto de respeto por la justicia y la dignidad del hombre, que permitiera una vida más plena y libre. Puesto que la libertad solo puede instalarse y ser posible en un orden justo, las ideas morales que presidieron los momentos fundacionales de la Argentina fueron la confirmación de una ética «civil y social».

El tema de la justicia tiene un reiterado tratamiento en nuestra literatura. Casi todos los personajes o héroes de nuestras letras padecen «injusticia» y «persecución», lo cual es percibido como una ofensa a la dignidad del ser. Ya desde las primeras épocas de nuestra nación, aparece la preocupación por la justicia. Bartolomé Hidalgo, en la época de la Revolución de Mayo, se subleva contra el tratamiento privilegiado que le dan a un «señorón», autor de un delito, frente al presidio, al que es condenado un gaucho que roba unas espuelas⁸.

La admiración por aquel que, con coraje, lucha por la verdadera justicia está siempre presente en los poemas de *Santos Vega* o de *Martín Fierro* y en las obras de tantos otros autores modernos. Cuando con frecuencia los administradores de la ley o del Estado violan el ideal de justicia, el pueblo se rebela. Los personajes de ficción de Florencio Sánchez, en su obra teatral *Barranca abajo*, o los de Payró en sus cuentos de *Pago Chico*, que forman parte de nuestra epopeya popular, se sublevan y denuncian.

Esos ideales de plenitud a través de la justicia y el reconocimiento de la dignidad humana forman parte del discurso político desde el comienzo de nuestra revolución. Son exaltados desde las antípodas por los caudillos populares y los representantes de las élites, por los dirigentes sindicales y los doctores del Parlamento.

El argentino fue un pueblo heroico y abnegado cuando le tocó defender su independencia, esforzado y productivo ante el desafío empresario de construir su bienestar; se hizo ciudadano cuando el fraude fue sustituido por la reforma electoral y nunca declinó sus ideales de libertad para su patria. Fue un pueblo estoico que soportó dictaduras y persecuciones. Aceptamos con resignación reiterados períodos de gobiernos ilegítimos, fruto de procesos fraudulentos y golpes de fuerza.

Alentamos la educación común y obligatoria para que todos tuvieran la oportunidad de perfeccionar conocimientos y de aprovechar el porvenir.

Esa unidad de ideales que la gran mayoría de los argentinos comparten colectivamente es el objeto de una lucha antagónica cuando se trata de llevarlos a la realidad, cuando se decide plasmarlos en políticas públicas.

Toda nuestra historia está atravesada por una profunda discordia que divide y fracciona a la sociedad. Esta situación se mantuvo en el tiempo y en casi todas las etapas de nuestra historia política. Nicolás Shumway sostiene que «la sociedad argentina está construida sobre la base de una fisura sísmica»⁹. Una parte niega, la otra la contradice. Ambas se mueven con distintos ritmos, se recelan, se combaten. Otro autor norteamericano, Robert Crassweller, dice que la Argentina tiene una «gran grieta» que aparece en su geografía social; desaparece y reaparece como sucede en la naturaleza¹⁰. Este imposible encuentro en

una historia que identifique a todos los argentinos con su pasado, en sus mitos y leyendas, se transforma en el más inquietante síntoma de desunión. La serie de opuestos enemigos que transitan la vida política de la Argentina nos enfrenta a una obstinada repetición. Se afirman las verdades políticas por la negativa de lo opuesto, alimentándose así una cultura del disenso. El título del libro más famoso de Domingo Faustino Sarmiento, *Civilización y barbarie*, es sin duda una de las lecturas más emblemáticas de la literatura nacional que sintetiza una dicotomía cultural que aún persiste en la sociedad argentina. «Que se vayan todos» fue el hastío de una defraudación final.

Uno de los grandes desafíos culturales de nuestra sociedad y, sobre todo, de los intelectuales es asumir la historia tal como fue, con grandezas y bajezas, con altruismo patriótico y mezquindades; unos siguiendo a las montoneras y otros buscando reyes para coronar, sabios e ignorantes, impostores o probos administradores. En cada etapa de su evolución, generaciones de argentinos entregaron su inteligencia y pasión al servicio de lo que creyeron era el bien para la república. La voluntad de ser estuvo siempre por delante de las decepciones. La sociedad progresó con el optimismo de los que trabajaron duro, ayudados por su confianza en el destino del país. Muchos se sintieron defraudados en una sociedad donde las familias debían hacer prodigios para no verse arrastradas por el derrumbe de sus patrimonios y de su estilo de vida, por la «mala praxis» de la política. Hay una historia de odios contra los caudillos de poncho y otra que califica de falsarios a los caudillos de comité. Unos miraron la vida de la nación como una fiesta del progreso, y los otros atacaron los falsos valores que los impostores de la sociedad frívola lograron consagrar.

Ese permanente antagonismo impidió por más de medio siglo la firma de una constitución, y durante casi setenta años la República Argentina vivió asolada por la violencia de las guerras civiles, por los conflictos entre unitarios y federales, así como por las operaciones militares que los gobiernos de Mitre, Sarmiento y Avellaneda emprendieron para acallar la resistencia de los caudillos del interior. Todas las grandes cuestiones políticas tuvieron que resolverse por la fuerza.

Los grupos que dominaron el Estado a partir de la Constitución de 1853 utilizaron el fraude electoral como instrumento para permanecer en el poder hasta 1916. Las revoluciones y los levantamientos civiles y militares posteriores a 1890 son la expresión popular de la lucha contra el fraude hasta la reforma que permitió el triunfo electoral de Hipólito Yrigoyen.

El orden democrático fue, sin embargo, interrumpido por el golpe de Estado de 1930. Esa primera experiencia fue seguida por los golpes de Estado de 1943, 1955, 1962, 1966 y 1976, así como por un gran número de planteamientos y descatos militares.

Estos reiterados antagonismos en nuestra historia fueron analizados por Joaquín V. González en su libro *Balance del siglo*, donde formula la ley de la «discordia» como constante argentina.

Esa historia de antagonismos tiene su expresión más exaltada en la pluma y la palabra de hombres y mujeres brillantes, y se manifiesta al opinar sobre casi todas las cuestiones de la vida nacional (los caudillos, los grupos sociales y étnicos, los inmigrantes, el modelo cultural que se practicó a fines del siglo XIX, los líderes políticos, las ideologías, el federalismo, el sindicalismo, etc.). No hay tema que no suscite opiniones difíciles de conciliar.

Mientras Mansilla consideraba a los indios «hijos auténticos de la patria», José Hernández los detestaba, como Fierro lo expresa en su poema: «Besé esta tierra bendita que ya no pisa el salvaje». En realidad, ninguna escuela postula a los indios —*raza sumisa*— como parte de la nacionalidad argentina. Mientras Mansilla insistió en que nuestra «filosofía nacional» se «encarnaba en los campos», Sarmiento le aconsejó a Mitre «no ahorrar» sangre de gaucho, ese personaje relegado frente al tan deseado obrero. Hernández, junto a Olegario Andrade y Guido Spano, denunció la «barbarie culta» de los liberales argentinos y la exclusión del pobre.

Para Sarmiento, la «civilización» eran las ideas europeas, la ciudad, los propietarios, el comercio, la razón, mientras que la «barbarie» se encarnaba en la campaña, en América, la España colonial, la estancia, la pulpería. En 1863, este gran educador y hombre de letras escribió al ge-

neral Mitre que no tuviera piedad con los enemigos, en los siguientes términos: «Son animales bípedos de tan perversa condición que no sé que se obtenga con tratarlos mejor (...) Tengo odio a la barbarie popular, la chusma y el pueblo gaucho nos es hostil».

La política concentra la animadversión, a veces, difícil de concebir en los mejores espíritus que ha tenido el país. En 1929, Joaquín V. González sostenía que Yrigoyen era una amenaza: «solo ha manifestado tendencias regresivas, ha renovado los peores vicios de los tiempos anteriores y amenaza destruir todo el legado de la civilización y la cultura que la actual generación ha recibido». Alfonso de Laferrère dijo que el radicalismo era «una banda de beduinos conducidos por un santón».

Esa constante desavenencia civil ha impedido que la Argentina pudiera desarrollarse con objetivos estratégicos permanentes. Cada Gobierno llega para corregir lo malo hecho por el anterior o para establecer las bases fundacionales de un nuevo contrato social para la nación. Como afirmó recientemente Pablo Mendelévich, es «un país de enemigos y no de adversarios» («El Observador», *Perfil*, 2 de octubre de 2008).

A pesar que esas disidencias impidieron llegar a consensos sobre políticas a largo plazo, fue posible construir una república, cuyo edificio colosal expresó los ideales de un grupo dirigente que lo quiso todo y pronto, como en ningún país latinoamericano y pocos en el mundo. El argentino vive enamorado de una libertad que aún no sabe defender, de un progreso material que no logra asegurar y de un sentimiento de justicia que a veces cae triturado por el peso del poder. Nada parece más imperioso que la necesidad de seguir luchando para construir la República inacabada. Tuvimos muchos reveses, pero no claudicamos. Hoy enfrentamos enormes desafíos que debemos asumir con osadía.

La Argentina es la promesa de un gran proyecto nacional. La mayoría de los argentinos ha tomado conciencia de que para realizar los sueños fundacionales que yacen en la conciencia colectiva del pueblo, es necesario cambiar de rumbo. El trabajo sostenido, el saber y la honestidad de las conductas son condiciones para restablecer la confianza en nosotros mismos y en el porvenir de la Argentina.

Como hemos mencionado antes, es necesario recomenzar la epopeya que protagonizó un pueblo de pie. Volver a ser la Argentina resuelta. Hay sobradas razones para confiar en que el pueblo argentino, a corto plazo, está en condiciones de reencontrarse y emprender el rumbo de un camino ascendente hacia la plena realización de su destino.



Notas a la introducción

1. Mansilla, Lucio V. (1870)
2. Lanús, Juan Archibaldo (1988)
3. Korn, Alejandro (1919)
4. Gombrowicz, Witold (1953)
5. Naipul, V. S. (1983)
6. Mallea, Eduardo (2005)
7. Mallea, Eduardo (2005)
8. Lanús, Juan Archibaldo (1988)
9. Shumway, Nicolás (2005)
10. Crassweller, Robert (1996)

Capítulo I

De Mayo a Caseros

La formación del Estado argentino fue un proceso de casi medio siglo de ensayos institucionales, conflictos intestinos, intervenciones extranjeras y guerras por la independencia, que van desde la Revolución de Mayo de 1810 hasta la consagración de una Constitución aceptada por todas las provincias. Fue el resultado de una larga y violenta confrontación de proyectos políticos, inspirados en ideas, impulsados por voluntades y motivados por ambiciones y sueños casi siempre enfrentados.

La Revolución de Mayo fue el hecho político que inauguró nuestra existencia como pueblo. A partir de esa afirmación, nos transformamos en actores dominantes del gran movimiento de la independencia americana. La emancipación de la América hispánica fue un acontecimiento tan importante como la Independencia de los Estados Unidos en 1776 y la Revolución Francesa en 1789.

Fue un acontecimiento municipal, de proyección continental, que consistió en reemplazar al virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros, cabeza del Virreinato del Río de la Plata, por una Junta de nueve miembros criollos de nacimiento. El coraje y la determinación de unos pocos patriotas, logró vencer la sumisión a un rey que estaba preso y levantar el estandarte de la libertad como promesa de la patria que se anunciaba. Era el pueblo de un lejano territorio de América que iniciaba su ascenso en el concierto de las naciones, enfrentando la incertidumbre y las amenazas que se cernían sobre la osada rebelión.

Sin embargo, el camino del nuevo Gobierno instalado por el Cabildo se inició sin que los grupos dirigentes estuvieran en perfecta sin-

tonía en cuanto a sus intenciones; no tuvieron la previsión de redactar una declaración de derechos ni las líneas generales de una Constitución. No hubo un consenso sobre las decisiones políticas que debía emprender el nuevo Gobierno.

La rencilla entre los miembros de la Junta que destruyó nuestra unidad fue lo contrario a lo que sucedió en los Estados Unidos, donde los padres fundadores llevaron a cabo un trabajo de equipo que les permitió vencer grandes dificultades. Allí, a poco de declarada la independencia, se creó un orden político (Estado, ley y Gobierno) cuyo funcionamiento equilibrado se respeta hasta nuestros días. En la Argentina, tardaríamos casi cinco décadas en instalar un orden político que pocas veces se respetó. Otra ventaja tuvo también la revolución en el Norte respecto de la del Río de la Plata: el rey Luis XVI de Francia les dio a los yanquis cuantiosos recursos y el apoyo de las flotas de esa potencia. George Washington, en Yorktown, estuvo al mando de un ejército en el que más de la mitad de los soldados eran franceses. Nosotros luchamos por la independencia solos, sin el apoyo de ninguna potencia.

Lo excepcional fue que los gobernantes de la primera década, cuando ni siquiera se había consolidado un Estado nacional, tuvieron la conciencia de actuar en nombre de la nación que soñaban; su política externa de defensa de la Revolución y combate por la independencia puso de manifiesto una responsabilidad inaudita si consideramos la limitación de recursos y las precarias condiciones de su logística administrativa. Fueron verdaderos héroes que actuaron en la soledad frente a un mundo que les era hostil. Joaquín V. González, refiriéndose a aquellos patriotas de la primera generación de Mayo, dijo que todos tenían «el rasgo característico de la honradez personal que es, diremos así, el que le dio a todos ellos la fisonomía común de una grande y noble familia de patriotas»¹.

Los gobernantes surgidos de la Revolución debieron enfrentar dos desafíos acuciantes de cuya resolución dependía el proceso que iniciaban: por un lado, hacer aceptar la Revolución y su ideario por el resto del Virreinato, comenzando por las autoridades de las distintas capitales del interior y, por otro lado, enfrentar militarmente a las fuerzas represivas españolas que desde el Perú —el virrey Fernando de Abascal— y desde

la Banda Oriental —Francisco Javier de Elío, nuevo virrey del Río de la Plata desde 1811— querían reprimir la insurrección de Buenos Aires, un ejemplo demasiado peligroso para el resto de América.

A los pocos días de su instalación, la Junta de Buenos Aires asumió con decisión y confianza enfrentar esos desafíos con poquísimos recursos materiales y humanos. En la soledad, frente a un mundo exterior que era hostil, aquellos hombres llevaron adelante la empresa de la liberación sin dudar, dando todo lo que tenían a la causa de la Revolución y a la patria naciente.

Los primeros diez años de la revolución fueron turbulentos en lo interior y frustrantes en lo que hacía a la consolidación del espacio geográfico nacional, el cual terminaría reduciéndose por la pérdida del Alto Perú y del Paraguay, sumándose a ello la independencia de la Banda Oriental en 1827. A estas amputaciones territoriales deben agregarse los conflictos externos, como las guerras contra el Brasil, la Confederación Peruano- Boliviana y las intervenciones de Francia y Gran Bretaña, que impusieron dos bloqueos al Río de la Plata por distintas razones.

Las grandes discordias, la inestabilidad y los obstáculos que enfrentaron las élites políticas a lo largo de la historia estuvieron, de algún modo, presentes en este difícil comienzo de la vida nacional. Hay pocos países donde el inicio de un proyecto nacional debió llevarse a cabo con cinco conflictos simultáneos: a) hacer aceptar la revolución por toda la población en un inmenso territorio que se extendía hasta el lago Titicaca y Charcas, el Paraguay y el Uruguay; b) luchar contra las fuerzas españolas en tres frentes (Cuyo, el Norte y la Banda Oriental) para defender la Revolución de la reacción española; c) resolver los conflictos de una discordia interior que se transformó en una guerra civil; d) lograr coincidencias políticas para sancionar una Constitución; y e) asumir las obligaciones de las guerras con el Brasil y Bolivia, y resistir las dos intervenciones de las principales potencias mundiales de la época.

Las fuerzas autonómicas de los particularismos regionales fueron tan persistentes como los definitivos impulsos independistas del Paraguay y de la Banda Oriental; la confrontación por la forma de gobierno fue tan violenta, como fueron inútiles las discusiones de los doctores sobre tex-

tos de constituciones que no se llegaron a aplicar; en fin, la rebeldía del pueblo contra los poderes constituidos que nunca llegaban a legitimar su existencia se expresó en sublevaciones y alzamientos, transformando la historia argentina de los primeros cincuenta años en una larga guerra civil.

Durante los diez primeros años, contados desde la Revolución de Mayo, ningún Gobierno terminó el mandato para el cual había sido designado. Durante los primeros cincuenta años desde aquella gesta ningún estatuto o Constitución fue aceptado por todas las provincias y, por lo tanto, aplicable legalmente a todo el territorio nacional.

Durante el primer medio siglo tuvimos secesiones, provincias que se declararon independientes y alzamientos que impidieron la existencia de un país integrado. En ese mismo lapso, tuvimos dos guerras (contra Bolivia y contra el Brasil) y dos intervenciones extranjeras (la francesa y la anglo-francesa), sin contar con la declaración de guerra al Brasil que hizo el gobernador Juan Manuel de Rosas, el 18 de agosto de 1851, al tomar conocimiento del acuerdo que ese mismo año realizó el gobernador Urquiza con el Imperio y la República Oriental del Uruguay. Si consideramos del período de 1810 a 1880, año en que Buenos Aires se convierte en la capital del país, las provincias argentinas tuvieron cincuenta años de guerra y solo veinte de paz.

El objetivo de constituir un país integrado territorial y políticamente resultó una tarea muy compleja que pudo lograrse gracias a la tenacidad de hombres y mujeres que ofrecieron su talento intelectual, su esfuerzo y hasta su vida en aras de la patria.

En la larga y turbulenta marcha hacia la creación de las instituciones fundamentales del país, debemos tener en cuenta que el proceso —que duró medio siglo— tuvo lugar al mismo tiempo que sucedieron los violentos y reiterados enfrentamientos entre caudillos, las tentaciones independentistas que casi todas las provincias tuvieron o realizaron en algún momento y las guerras exteriores que acapararon la atención y los recursos de los Gobiernos.

En los cincuenta años que duró este ciclo debemos destacar los siguientes hechos significativos que antecedieron la sanción de la Constitución Nacional:

1. No se logró la unidad política nacional, sino que trece provincias se integraron un sistema ligadas por pactos recíprocos.
2. El Pacto Federal de 1831 es, de hecho, el instrumento principal que define la forma de gobierno.
3. Los tres congresos convocados para sancionar una Constitución en 1813, 1816 y 1824 no tuvieron éxito.

El intento de instalar un Gobierno central se derrumbó en el caos de 1820, cuando se produjo el «vértigo disolvente», como afirmó un siglo después Joaquín V. González. En los diez años que transcurrieron a partir de 1810, hubo nueve gobiernos de los cuales ninguno terminó su mandato.

Deberíamos celebrar, sin duda, la fortuna de no haber estallado en varias partes y, también, de haber logrado, a pesar de las reiteradas violencias, guerras y sediciones, solidificar una cultura nacional que amalgamó un sueño de libertad, prosperidad y justicia las poblaciones del Litoral, de la Pampa, del Norte misionero, del Chaco, de las quebradas y alturas del Noroeste argentino. Ese sueño común que el pueblo cultivó más allá de las disidencias gubernamentales, más allá de la violencia o de la reiterada injusticia que practicaron los más poderosos, ha sido la fuente vivificadora de una voluntad de construir y de llevar a cabo un sueño de esperanza y de ideales que generaciones de argentinos han guardado intactos en el alma colectiva de la nación.

Raíces de una identidad

Éramos un pueblo antes de la constituirnos en Nación. Las entrañas de América nutrieron la ambición que nos hizo libres.

La creación de la junta por parte del Cabildo de Buenos Aires, en 1810, expresó una voluntad que nació de tres fuentes: la dignidad de los pueblos originarios que lucharon por la preservación de su libertad, la autoestima de haber resistido y expulsado de Buenos Aires a las tropas inglesas en 1806 y 1807, y la doctrina de la soberanía del padre Fran-

cisco Suárez, inculcada a las élites rioplatenses en las Universidades de Chuquisaca y Córdoba.

Antes de referirnos someramente a esas tres fuentes, es conveniente recordar la relación entre la Corona y los pueblos de América.

América no fue una colonia, sino que conforme a la *política de los dos hemisferios* proclamada en el siglo XVI por Carlos V —Real Cédula del 14 de septiembre de 1519 confirmada en 1520, 1523 y 1547— constituía un reino independiente de España que dependía de la Corona. Esta dependencia exclusiva del rey se modificó recién el 24 de septiembre de 1810, cuando las cortes de Cádiz incorporaron, con poca visión política, los dominios ultramarinos a la nación española.

Hasta las vísperas de la Revolución de Mayo, el Virreinato del Río de la Plata era territorio regio con un derecho propio —el Derecho de Indias— muy diferente al vigente en la Península. Este derecho indiano fue «un pacto implícito» según el cual los reyes conservarían, defenderían y favorecerían las potencias ultramarinas, y estas obedecerían las iniciativas reales². El doctor Ricardo Zorraquín Becú señala la existencia de este contrato político, destacando que la incorporación de las Indias «se hizo a la Corona» y que «la comunidad era considerada como depositaria del poder político», pero como «no podía ejercer por sí misma el poder», lo confería en un contrato o «pacto de sumisión». Dice este historiador: «La teoría política que alcanza (en los siglos XVI y XVII) espléndido florecimiento sostiene el fundamento contractual de la reyección y señala que el deber de fidelidad y obediencia desaparece cuando el soberano infringe el pacto» (Ricardo Zorraquín Becú, *La organización política argentina en el período hispánico*).

En primer lugar, esta parte de América nunca fue enteramente ocupada por los españoles, porque las poblaciones indígenas asentadas en su territorio solo en parte se entregaron a la colonización. Ya hemos dicho que, a principios del siglo XIX, las dos terceras partes del territorio del antiguo Virreinato del Río de la Plata eran desconocidas y estaban ocupadas por tribus nómades que, a diferencia de las comunidades aztecas e incas, en su mayoría, vivían en tolderías ambulantes. Eran pueblos guerreros y cazadores que resistieron la «civilización» hasta su

virtual extinción o sometimiento. Defendieron lo que creían era suyo y combatieron durante siglos para preservar su libertad. Se cuenta de los diaguitas que cuando los vencían en sus fortalezas de pircas, entregaban a sus pequeños hijos contra las rocas antes de aceptar entregarlos a manos españolas³.

Aquella resistencia de los habitantes originales, que con beligerante dignidad opusieron su libertad a una civilización que nunca llegó a conquistarlos enteramente, constituyó uno de los rasgos psicológicos del movimiento emancipador. De la profundidad del alma aborígen, surgió un ansia de libertad que, como un clamor, invadió la América del Sur.

La resistencia de los pueblos originarios representa la dignidad frente al poderoso, que siempre acompañó la mitología del Nuevo Mundo. Esa energía profunda que emerge del alma aborígen contra el sistema español, también estaba latente en todos los pueblos del Virreinato.

En segundo lugar, debe recordarse que en la génesis de nuestro proceso emancipador encontramos un hecho que activó la fragua de la revolución: la resistencia a las invasiones inglesas de 1806 y 1807. La presencia de tropas inglesas durante cuarenta y seis días de ocupación y el segundo intento de invasión fracasada permiten a la población criolla tomar conciencia de la crisis que vivía España, y descubrir la capacidad del pueblo que protagonizó la heroica experiencia de la reconquista y de la defensa de Buenos Aires.

El presidente de la Audiencia de Charcas, Ramón García León de Pizarro, primer mandatario político del Alto Perú, con fervor levantó su voz en representación de los pueblos del Norte: «No permitáis el ultraje de nuestras mujeres, ni la esclavitud de nuestros hijos, ni la mezcla de vuestra sangre con los enemigos de nuestra tradición y de nuestra patria»⁴.

La ciudad de espíritu mercantil, habituada al contrabando, supo prepararse para resistir bajo la conducción de Juan Martín de Pueyrredón, mientras Manuel Belgrano se indignaba ante el servilismo de la corporación consular. Los invasores se enfrentaron con heroicos defensores que pelearon por su libertad, sin uniforme ni paga.

El virrey Sobremonte escapó con los caudales públicos que escondió en Luján. Los ingleses lograron recuperar esos caudales que, vueltos a Buenos Aires el 5 de julio de 1806, fueron cargados en la fragata *Narcissus*. Al llegar a Gran Bretaña, la nave fue recibida con júbilo, y los caudales fueron transportados en ocho grandes carros, cada uno con cinco toneladas de pesos plata.

Eran las tres de la tarde del 12 de agosto de 1806, cuando las tropas inglesas desfilaron hasta el Cabildo con sus banderas desplegadas y, allí, dejaron las armas, al pie del jefe vencedor. El triunfo fue la recompensa de una lucha sin tregua contra el ejército invasor que, a pesar de ofrecer comercio y libertades, no logró quebrar la lealtad con la Corona española, ni el orgullo de un pueblo que defendió su dignidad.

Cuando el virrey Sobremonte quiso volver a ocupar su cargo, el Cabildo abierto, ignorándolo, le dio a Santiago de Liniers el mando militar de la ciudad.

La segunda invasión, con más de 14 000 soldados ingleses, desembarcó el 28 de junio de 1807 al mando del general John Whitelocke. Esta vez la expedición fue repelida por el pueblo en la calle. La victoria resonó en toda América.

Whitelocke, al regresar a Inglaterra con la derrota a cuestas, tuvo que enfrentar un consejo de guerra que le dio de baja, declarándolo inepto e indigno de servir a S. M. en ninguna clase militar.

La resistencia contra los ingleses fue el primer acto de la Emancipación.

Se ha aseverado con insistencia que las ideas de la Revolución Francesa fueron las que influyeron decisivamente en el proceso de emancipación, pero es necesario desautorizar esta creencia. La fuente de inspiración más verosímil fue la vieja y muy abundante literatura teológica y filosófica desarrollada y difundida por los jesuitas, que se enseñaba en todo el continente: los derechos naturales y la libertad son superiores a los derechos de cualquier tirano. De estas ideas se nutrió la tea libertadora que se opuso al absolutismo borbónico.

Entre sus conclusiones, Suárez sostuvo que «Dios solo confiere la potestad suprema a la comunidad... la cual cuando haya sido conferida

al príncipe, queda retenida *in habitu* por el pueblo». Afirmaba también Suárez que «es mediante el pueblo que le viene al gobernante la autoridad»⁵.

Tampoco debe olvidarse que para las mentes más sofisticadas, Santo Tomás influyó en el ideario de los estudiantes de Chuquisaca «sobre el derecho a la resistencia al poder tiránico, sobre la nulidad de las leyes injustas, sobre la forma de gobierno, sobre el pretendido derecho de conquista, doctrinas jurídicas abstractas que contenían oculto el germen de opiniones que acabaron por concretarse en contra del yugo español»⁶, dice un historiador que indagó la vida en el Alto Perú, en las postrimerías del período hispánico⁵.

Mayo: una revolución en soledad

Durante el año 1808, en Buenos Aires hubo varios partidos: los que querían un gobierno independiente integrado por españoles con Martín de Álzaga a la cabeza, los que como Manuel Belgrano querían designar a la infanta Carlota Joaquina regente de la Corona, y un grupo de criollos que bregaba por un gobierno autónomo. La confusión era grande.

Fue el día 14 de mayo de 1810, cuando las noticias de la caída de Andalucía en manos francesas y de la constitución de un Consejo de Regencia, instalado provisoriamente en la Isla de León, llegaron al Río de la Plata.

Las inquietantes noticias de los periódicos ingleses traídas por el navío *Misletoe* fueron inmediatamente publicadas en boletines oficiales con el fin de informar a la población sobre los sucesos en España. Por una proclama que se difundió con demasiado retraso, el virrey informó que no adoptaría determinación alguna que no fuera acordada «en unión de todas las Representaciones de esta Capital».

No cabe duda que las historias que trajeron las gacetas inglesas inflamaron los corazones de algunos. Domingo French y Juan M. Arzac formaron la Legión Infernal compuesta por seiscientos hombres que

fueron a la Plaza de Mayo con cintas blancas, bien armados y llevando en el cintillo del sombrero el retrato de Fernando VII. Asimismo, el 18 de mayo, en la casa de Nicolás Rodríguez Peña, se juntaron Hipólito Vieytes, Agustín Conrado, Manuel Belgrano y Juan José Castelli para unificar las decisiones por adoptar en esos días cruciales.

Cuenta Cornelio Saavedra —jefe del Regimiento de Patricios— en sus interesantes *Memorias*, que en la entrevista del día 19 de mayo con el virrey, él y su ayudante, Juan José Viamonte, le dijeron: «hemos resuelto reasumir nuestros derechos y conservarlos por nosotros mismos». Descalificaron la autoridad del virrey Cisneros porque quien se la había dado ya no existía y, en consecuencia, no podía contar para sostenerse en ella con las fuerzas que comandaba Saavedra⁶.

El 21 de mayo, mientras que en la Plaza de Mayo se congregaban, liderados por French y Beruti, los encapuchados con cintas blancas en los sombreros, una delegación del Cabildo, integrada por Manuel José de Ocampo y José Domínguez, entregó al virrey una esquila, solicitándole que convocara a la principal y más sana parte del vecindario y que en un Congreso expresara la voluntad del pueblo y «acuerde las medidas más oportunas para evitar toda desgracia y asegurar nuestra suerte venidera». El virrey aceptó el petitorio y convocó a un Cabildo Abierto para el día siguiente —22 de mayo—, y recomendó a las autoridades del Cabildo que «nada se ejecute, ni acuerde, que no sea en obsequio del mejor servicio de nuestro amado Soberano el Señor Don Fernando Séptimo (...) pues como V.E. sabe bien es la monarquía una, e indivisible, y por lo tanto debe obrarse con arreglo a nuestras leyes»⁷.

Se imprimieron 600 esquelas de invitación al Cabildo Abierto, se mandaron 450 y asistieron 251 vecinos. Se solicitó la presencia de Cornelio Saavedra para mantener la tranquilidad pública y controlar el acceso a la Plaza de Mayo con el Regimiento de Patricios.

Los testimonios de quienes vivieron esos momentos de gran tensión refieren que la presencia de la Legión Infernal y de los efectivos militares en la plaza fue una barrera para controlar el acceso al Cabildo Abierto, que se reunió el día 22 de mayo, a las nueve de la mañana. Hay versiones contradictorias sobre si algunas invitaciones tenían una mar-

ca que identificaba a los portadores por sus opiniones —revolucionarias o proespañolas—, pero, sin duda, el fin de las tropas era franquear el paso a los vecinos encaminados al Cabildo. Este aspecto fraudulento que introdujo la versión histórica de Vicente Fidel López, no es aceptado por otros historiadores.

En el Cabildo Abierto del 22 de mayo se manifestaron posiciones encontradas. El obispo Lué y Riega sostuvo que el virrey debía continuar; otros propusieron su deposición, encomendando al Cabildo establecer un gobierno provisorio; Cornelio Saavedra planteó una posición revolucionaria, invocando la doctrina de la soberanía popular representada y ejercida por un Cabildo; Juan José Castelli propuso un gobierno por elección directa⁸. Según la opinión de varios historiadores Mariano Moreno no votó⁹. Los patriotas presentaron posiciones con diferentes variantes.

El Cabildo Abierto terminó pasada la medianoche cuando de los 251 asistentes votaron 225, puesto que 26 se retiraron sin emitir su voto. Según Ricardo Levene, entre los asistentes había 60 militares, 46 comerciantes, 24 sacerdotes, 20 abogados y 13 alcaldes o comisarios. Las fórmulas revolucionarias fueron mayoría (132 según algunos autores, 164 para otros). Por el virrey votaron 61 asistentes según una fuente o 92 según otra. Las fuentes difieren sobre lo que pasó en la Sala del Cabildo¹⁰.

La reunión se desarrolló en medio de una creciente tensión y varios de los españoles presentes dejaron por escrito testimonios de que fueron objeto de insultos y mofas después de votar por el virrey. Se habla de escupitajos y empujones. Sea lo que fuere, en el acta de la reunión se dejó constancia de una gran mayoría por el cese de mando del virrey y que el Cabildo se hiciese cargo de la autoridad «hasta la elección de una junta que ha de formar el mismo Excelentísimo Cabildo en la manera que estime conveniente, la cual haya de encargarse del mando mientras se congregan Diputados que se han de convocar de las Provincias interiores para establecer la forma de gobierno que corresponda». Con el objeto de conciliar los bandos en pugna, el 23 de mayo se dio a publicidad la designación de una Junta Provisoria de cinco miembros: Baltasar Hidalgo de Cisneros, Juan Nepomuceno Solá, José Santos Inchaurregui,

Juan José Castelli, el coronel Saavedra. El virrey la presidiría hasta que se designara la junta por el futuro congreso.

Contrariamente a lo que afirma la historia más difundida esa Primera Junta presidida por Cisneros tenía dos vocales patriotas y dos españoles como una fórmula intermedia para calmar los ánimos.

El día 24, a las tres de la tarde, los cinco miembros designados por la primera acta juraron ante el Cabildo «conservar la integridad de esta parte de los Dominios de América a Nuestro Amado Soberano el Señor Fernando Séptimo y sus legítimos sucesores».

Al final de la tarde de aquel día, al conocerse la integración de esta Junta, se produjo de inmediato el rechazo de los patriotas como Alberti, Belgrano, Paso y Vieytes, que querían pronto alcanzar la plenitud del gobierno propio. Los dos criollos, Juan José Castelli y Cornelio Saavedra, renunciaron y, poco después, lo hicieron los dos españoles. Los revolucionarios querían al coronel Saavedra como Presidente y tal como lo consigna Tomás Guido en sus Memorias: «Pasóse parte de la noche en deliberar y ponerse de acuerdo con los jefes de Patricios y otros cuerpos de la guarnición y con los jefes que llevaron la voz en la plaza de la Victoria».

Fue en el Regimiento de Patricios, cuyo bautismo de fuego había sido la gloriosa Defensa de Buenos Aires, en 1807, cuando luchó contra el ejército inglés, donde se jugó la suerte de la Revolución. La primera junta cayó destituida en menos de seis horas.

La patria nació aquella noche del 24 de mayo en el corazón de los patriotas que no aceptaron someterse a la manipulación de los señores del Cabildo. A la mañana del 25, los patriotas tenían la lista de la junta que pretendían consagrar, pero dado que las personas reunidas en la Plaza, bastante vacía por la llovizna, tenían poco peso para avalar su representatividad, salieron a buscar firmas para organizar una «petición popular». Esa mañana, cuatrocientos vecinos suscribieron el petitorio ante el Cabildo.

Era ya el 25 de mayo. El histórico petitorio salió de los cuarteles del glorioso regimiento, y de las cuatrocientas firmas, algunas fueron de los patriotas mencionados y de los de jefes y oficiales de Patricios a los

que se agregó el apoyo de los firmantes que consiguieron los llamados «Chisperos de Mayo», Domingo French y Antonio Beruti. Según Roberto H. Marfany, estudioso de esta cuestión de los cuatrocientos firmantes, doscientos noventa y siete eran militares; dieciséis, religiosos y el resto, civiles¹¹.

El Procurador General, Dr. Julián de Leiva, al recibir el petitorio y ver la lista de firmantes, exclamó con estupor: «¡Adónde está el pueblo!». Comprendió pronto que las tropas estaban dispuestas a demostrarle adonde estaba. El Cabildo citó enseguida a los que integrarían la junta.

En la Sala Capitular del Cabildo de Buenos Aires, el Alcalde de primer voto, Juan José de Lezica, se puso de pie, dando comienzo a la ceremonia. Juraron de rodillas y, poniendo la mano derecha sobre los Evangelios, avanzaron en fila; Saavedra primero, Castelli segundo con la mano derecha sobre el hombro de Saavedra, Belgrano la puso sobre el hombro de Castelli y así, sucesivamente, en fila se presentaron a jurar. Fue el momento inaugural de nuestro primer patrio, que ante el poder avasallante de Napoleón en Europa, desafió con coraje el imperio de su fuerza. Depuso al virrey en nombre del rey. La Proclama de la Junta Provisional Gubernativa de la capital del Río de la Plata del 25 de mayo de 1810 confirma «la conservación de nuestra Religión Santa» y la «adhesión a nuestro muy amado Rey y Señor Don Fernando VII y sus legítimos sucesores...». El Acta fue firmada en la Real Fortaleza por Cornelio Saavedra, el Dr. Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Miguel de Azcuénaga, el Dr. Manuel Alberti, Domingo Matheu, Juan Larrea, el Dr. Juan José Paso y el Dr. Mariano Moreno, Secretario.

Nuestro primer gobierno quedó así constituido. Salvo Larrea y Matheu, que eran españoles, los demás integrantes de la Junta eran criollos.

Comenzaba la Revolución, cuna de nuestra República. Fue municipal por su origen, internacional por su vocación; usó el nombre del rey para devolver al pueblo la soberanía que le pertenecía; su secreto designio era la convicción de que había llegado el tiempo de ser libres. No declaró la independencia, sino que se alzó contra la pretensión del Consejo de Regencia y, en consecuencia, contra el virrey que aquí re-

presentaba la administración en nombre de un rey cautivo. Mientras las autoridades españolas de toda América reconocieron la autoridad del Consejo, en Buenos Aires los vecinos convocados en la plaza rompieron las tiras de papel que unían al virrey con aquel fugitivo Consejo de Regencia de una metrópoli que se desplomaba. Este primer acto de autonomía debía trasmitirse a todo el Virreinato, a los demás cabildos y a todos los pueblos. No tenían programa de gobierno ni estatuto que la rigiera. Era el grito solemne de una voluntad de ser; unos pocos vecinos que alzaron su voz en la soledad. El primer escenario de la cruzada revolucionaria fue el interior del país (del Virreinato), luego llegaron las guerras, las guerras de la independencia.

Había nacido una nueva nación.

Mitre, en su *Historia de Belgrano*, sostiene que «España era odiada por los americanos» y que la revolución era la gestación de «nuevas naciones independientes y soberanas». Por lo tanto, si la sociedad era antihispánica, la jura en nombre de Fernando VII era una «máscara» que escondía la verdadera intención. Esta visión es compartida, desde el revisionismo, por Fermín Chávez.

En otro orden de cosas, hay quienes sostienen que la revolución fue un hecho popular, mientras que otros escritores afirman que fue obra de una élite de «gente decente». Gustavo Martínez Zuviría, bajo el seudónimo de Hugo Wast, sostiene que la Revolución de Mayo fue un hecho exclusivamente militar, pues «la Patria no nació de entraña plebeya».

Los escritores de izquierda rechazan la idea de la «máscara». Milcíades Peña, desde su interpretación marxista, afirma que la Revolución no afectó la estructura de clases, sino que el objetivo fue ejercer el poder en nombre de Fernando VII.

En cuanto a su ideario, algunos, como J. B. Alberdi sostienen que Mayo es un capítulo de la insurrección española de 1808 —las Juntas surgieron a partir del 2 de mayo de 1808, cuando Napoleón invadió la península—, y que aquella era a su vez tributaria de la Revolución Francesa de 1789. Ello significaría, entonces, que lo que sucedió en el Río

de la Plata sería parte de una guerra entre absolutistas y forales, que se libraba dentro del Imperio español. Había, pues, criollos y españoles en los dos bandos¹².

Norberto Galasso, en un libro dedicado a los mitos y las leyendas del Bicentenario, se pregunta sobre las verdaderas motivaciones de Mayo. Muy opuesto a la historia oficial, sostiene que el desplazamiento de los liberales por los absolutistas en España (sustitución de la Junta Central por el Consejo de Regencia en febrero de 1810) alumbró la «chispa» en América a favor de los movimientos juntistas. Asevera que Mayo fue una «revolución democrática», que no fue separatista ni independentista, porque «no se trató de un movimiento antiespañol». Concuera en este juicio con Tomás de Anchorena, quien en la carta que le escribe a Rosas dice que la población veneraba a Fernando, hacia quien los oficiales «no respiraban sino entusiasmo por la obediencia y subordinación...». Si bien los oficiales y los soldados juegan un papel importante, son los sectores populares los que deciden el curso de los acontecimientos en la plaza. La «gente decente» votó por el virrey y Saavedra entró a empujones «a último momento», como lo testimonia Martín Rodríguez. Para Galasso, el Plan de Operaciones de Moreno es el programa de la Revolución, pero Moreno, según este autor, es derrotado por el sector conservador, es decir el «saavedrismo». A mediados de 1811, Moreno y Alberti están muertos; Castelli, enjuiciado; a Belgrano lo están por procesar por deficiente conducción militar; French, Donado, Rodríguez Peña, Larrea, Vieytes y Posadas están desterrados. La Revolución se «comió» muy pronto a los líderes que la iniciaron. Según Vicente Fidel López, «el poder revolucionario en manos de Saavedra y de su partido no tuvo otro fin que el de consolidar el influjo predominante de la fracción oligárquica»¹³.

Si la historia argentina, como veremos, fue un largo y violento conflicto que hizo difícil el desarrollo orgánico de instituciones, economía y vida en común, ese conflicto se planteó desde los primeros momentos de la instalación de la Junta en 1810.

Joaquín V. González, señalando la persistencia de la discordia en el curso de la historia argentina, afirmó que esa «hidra feroz» de la discor-

«fundada en rivalidades personales o antagonismos latentes de regiones o personas».

Las instituciones de gobierno y los textos reglamentarios se crearon y reemplazaron, instalando una inestabilidad que será un síndrome que se repite en la historia argentina.

Si consideramos la Junta Grande un cambio institucional, podría decirse que las discrepancias, puebladas, conspiraciones, presiones o golpes de Estado dieron origen a nueve Gobiernos —el Segundo Triunvirato se renovó dos veces— entre el 25 de mayo de 1810 y octubre de 1819.

A veces, la oposición acosó a los gobernantes que reaccionaron con determinación: Bernardino Rivadavia, secretario del Triunvirato, clausuró dos periódicos, *El Censor* y *La Gaceta*. A veces, se usó la calle, como ocurrió el 8 de octubre de 1812, cuando las fuerzas militares, incluso el Regimiento de Granaderos a Caballo recién creado, ocuparon la plaza de la Victoria para exigir un Cabildo Abierto del cual surgió el Segundo Triunvirato.

Los cambios también reflejaron inestabilidad en los reglamentos y los textos legales. El primer «Reglamento Orgánico» de octubre de 1811, que creó la Junta Conservadora y estableció la división de poderes, fue rechazado por el Cabildo, un cuerpo municipal. Como resultado, se anuló la Junta Conservadora. El Estatuto Provisional (8 de mayo 1815) que creó una Junta de Observación para ejercer funciones legislativas fue superado por el Congreso Constituyente, que se reunió en Tucumán, declarando la Independencia, pero sin lograr sancionar una Constitución.

Ocho meses después de que todas las provincias, salvo las del Litoral, firmaran la Constitución de 1819, cayeron el Directorio, el Congreso, la Constitución y el poder de la única institución con carácter nacional. A los diez años de la revolución, el Estado todavía no existía. Era un sistema interprovincial sin una constitución.

Era una lucha a caballo, donde el polvo de los combates no dejaba ver el contenido de las propuestas por las que se luchaba, lo que producía aquello que Vicente Fidel López llamó «un desorden tan complicado».

Las guerras de la Independencia

Las guerras de la Independencia constituyeron el gran momento de la epopeya del pueblo argentino, que combatió por su libertad antes de tener un Estado y una constitución. Luchamos heroicamente en los terrenos más difíciles del mundo, y los combatientes fueron doctores que se hicieron oficiales, gauchos que se transformaron en soldados, militares profesionales a quienes se les exigió el talento de políticos avezados y no pocos aborígenes que se enrolaron para luchar por una patria que consideraban también la suya.

Mientras las facciones se disputaban el poder político y las guerras civiles pretendían, por la violencia, solucionar las diferencias entre el centralismo porteño y las autonomías provinciales, un puñado de hombres y mujeres, comprendiendo que el interés supremo de la Nación era asegurar nuestra libertad como Estado independiente, emprendió una guerra internacional contra el Imperio español en América.

La sociedad política no siempre entendió las exigencias de esta guerra, y fue la «desobediencia» de los jefes militares la que aseguró el triunfo de la patria sobre la discordia interior.

A pocas semanas de su instalación, la Junta se embarcó en una campaña de propaganda y difusión de sus ideas de autonomía y libertad y, con ese propósito, envió dos expediciones al interior del Virreinato; una, hacia el Norte, al mando de Antonio González Balcarce y la otra, hacia la Banda Oriental, bajo la jefatura de Manuel Belgrano. Ante el estado de insurrección existente en tierras guaraníes, la Junta decidió extender la autoridad de Belgrano a Santa Fe, Corrientes y el Paraguay. Con posterioridad a esas dos expediciones en parte fracasadas, fue el general José de San Martín quien imaginó la gran estrategia militar que permitió consolidar nuestra Independencia y acabar con la incertidumbre.

Así comenzó la gran epopeya de la revolución. Ganar para su causa a todas las partes del Virreinato del Río de la Plata, abarcando, al norte, los territorios que llegaban hasta el Lago Titicaca en el Alto Perú, a Potosí, al Paraguay y, al este, la Banda Oriental, actualmente, Uruguay. Fue una inmensa y compleja tarea que los vocales de la Junta y los miem-

bros de los sucesivos y frágiles gobiernos asumieron como un desafío estratégico. Había que defender el territorio patrio o perecer ahogados por la reacción española, fortalecida por la reinstalación de Fernando VII en 1814.

Desde Lima, el virrey José Fernando de Abascal, decidió anexar (13 de julio de 1810) las provincias altoperuanas que dependían de Buenos Aires y hacer la guerra a los porteños. La Paz, Charcas y Potosí fueron fieles a los peninsulares hasta la batalla de Suipacha, después de la cual reconocieron al gobierno de Buenos Aires. Cochabamba se plegó el 14 de septiembre de 1810 a la causa revolucionaria.

Entre Ríos, Corrientes, Catamarca, Santa Fe, San Luis, San Juan, La Rioja, Misiones, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Tarija y Jujuy apoyaron a la Junta. Córdoba y Montevideo se opusieron a ella.

La Junta, desde el primer momento, asumió la guerra como un desafío permanente, y declaró que era «necesario reconocer un soldado en cada habitante» (decreto del 29 de mayo de 1810).

Lo más sorprendente de esos primeros años de nuestra revolución fue que en medio del caos de la sociedad política que no lograba organizarse, en medio de una precaria situación económica, rodeada de un contexto internacional siempre desfavorable, ni los civiles que tuvieron la responsabilidad de las decisiones, ni los jefes oficiales y las tropas que combatieron en el terreno fueron invadidos por un desaliento que pusiera en duda sus convicciones en la victoria final del movimiento emancipador. Asumieron sus responsabilidades con la gravedad de saber que la vida estaba en juego, disimulando incoherencias, ambiciones enfrentadas y falta de experiencia. Fueron plenamente conscientes de que, para sobrevivir, debían ganar la guerra contra los ejércitos que, desde Lima, bajaban para acabar con la gesta revolucionaria. Durante más de diez años las guerras de la Independencia jalonaron la historia de nuestro pueblo con triunfos y derrotas, levas y desertiones; con la sangre de los soldados en ríos, llanuras y mesetas; con el rigor de las confiscaciones y los saqueos, pero con la final alegría de descubrir que nada de todo esto había sido en vano. Superaron desolaciones, derrotas y privaciones; fueron muchos los que dieron sus vidas por la patria na-

ciente. San Martín, Belgrano, Güemes y tantos otros confirmaron tener virtudes «inexhaustas» y una fuerza moral que no decayó en el rudo camino de la patria¹⁴.

Los que combatieron —oficiales, gauchos, indios, soldados rasos, doctores o «enganchados»— fueron los patriotas de la primera hora. Sus héroes recibieron un título para la posteridad: *guerreros de la Independencia*.

Hay un hecho no siempre destacado cuando se hace la historia de estas guerras, y es que ellas estuvieron apoyadas por el pueblo, familias enteras acompañaron los ejércitos, sus hijos se enrolaron a pesar de que eran bisoños para las armas. Fueron los gauchos en el Norte, los arrieros y los indios en Mendoza, los guaraníes en el Litoral y muchas familias en el Alto Perú. Por todo ello, podemos denominar a esta empresa la epopeya nacional.

Sería demasiado largo relatar las vicisitudes de la gran campaña militar que fue necesario llevar a cabo para consolidar la revolución. Fueron varias expediciones y frentes de guerra: primero, la expedición al Paraguay, aunque, finalmente, declaró su independencia (12 de Octubre de 1811); las expediciones al Norte para lograr el apoyo interior para la revolución y resistir al poder español que, desde Lima, había decidido aplastarla.

El primer triunfo militar de la Revolución es la batalla de Suipacha, en el Alto Perú (cerca del Lago Titicaca), el 7 de noviembre de 1810, la cual aseguró a la causa patriota todo el territorio a lo largo del río Desaguadero. Castelli y Balcarce fueron recibidos por el pueblo de Potosí en delirante estado de alegría, y entraron con una escolta de honor al llegar a la ciudad. Apresaron a su intendente, Francisco de Paula Sanz, cuando intentaba llevarse trescientos mil pesos en oro y plata. Este, junto al general realista Córdoba y otros, fue fusilado¹⁵.

El 2 de diciembre, Buenos Aires recibió la bandera apresada a los españoles con un júbilo jamás visto. Suipacha fue el primer triunfo militar de la Revolución. Fue el primer laurel en la bandera de la Revolución.

Pero unos meses después, el 20 de junio de 1811, las fuerzas patrióticas sufrieron la primera gran derrota: Huaqui.

Nuestras tropas se dispersaron, deambulando desoladas, famélicas, sin ropa ni municiones. Cuando el general Manuel Belgrano se hizo cargo de ese ejército, trabajó con ahínco para levantar su moral y organizarlo.

El Triunvirato le ordenó retroceder hasta Córdoba, pero el general cometió la más terrible, o en este caso, la más genial de las faltas que puede cometer un militar: desobedecer. Rivadavia, vocal del Triunvirato, desaprobó lo actuado y con indignación le ordenó bajar a Córdoba y abandonar el Norte.

Belgrano decidió repetir una de las más antiguas tácticas guerreras, la de dejar «tierra arrasada» y emprender el movimiento de masas más legendario: el éxodo. Convenció a las clases populares y obligó a los más ricos a plegarse a este arriesgado ejercicio que demostró su genialidad. Fue así que tuvo lugar el Éxodo Jujeño, un inmenso desplazamiento de familias, ancianos y niños, comerciantes y hacendados, que dejaban detrás de sí tierra arrasada para crear un obstáculo a los realistas que, desde el Alto Perú, bajo las órdenes de Pío Tristán, se preparaban para un asalto final que terminara con la Revolución. El 26 de julio de 1812, Belgrano dictó el bando, ordenando la retirada, que comenzó en los primeros días de agosto. Hicieron 250 km en cinco días. ¡Fue un majestuoso espectáculo!

Los tucumanos se unieron con fervor a Belgrano, y lo convencieron —o ya lo estaba, como dijo el gobernador Lamadrid— de la imperiosa necesidad de dar batalla. Belgrano volvió a recibir órdenes del Triunvirato de bajar hasta Córdoba, pero no las cumplió por considerar ese mandato como un suicidio. Desobedecer fue el acto supremo de un patriota que se jugó la vida haciendo la guerra para salvar la Revolución.

El 24 de septiembre de 1812, tuvo lugar el triunfo revolucionario en la batalla de Tucumán. A partir de esa victoria, el gobierno de Buenos Aires cambió de estrategia y le pidió ir al Norte para continuar la lucha. Belgrano, prudente, preparó su ejército y organizó la caballería gaucha. En agradecimiento por la victoria, entregó su bastón de mando a la Virgen de las Mercedes, a quien designó Generala de los Ejércitos.

El 20 de febrero de 1813, quedará grabado en la memoria de los argentinos como una de las grandes batallas de la epopeya de la Inde-

pendencia. Los tres mil quinientos soldados bajo el mando del general español Pío Tristán fueron derrotados en la batalla de Salta por los ejércitos patriotas comandados por Belgrano¹⁶.

El 1 de octubre de ese año, el cielo del destino jugó en contra de Belgrano. Fue derrotado en la llanura de Vilcapugio. El 14 de noviembre de 1813, volvió a ser derrotado por los españoles en la Ayohuma.

San Martín, designado Jefe del Ejército del Norte para reemplazar a Belgrano, —le entregó el mando el 21 de Enero de 1814—, incitó a los «vencedores de Tucumán y Salta» a salvar la patria «en estado inminente de sucumbir». Supo pronto San Martín que era imposible continuar una guerra convencional con los españoles en el escenario de las quebradas y del altiplano.

Designó a Martín de Güemes con la consigna de llevar a cabo una «guerra de guerrilla», liderando con sus gauchos la defensa de la frontera norte contra las continuas incursiones y ataques de los realistas españoles.

Los gauchos de Güemes impidieron a las tropas de Pezuela pasar al sur de Salta y llegar a Tucumán, como era su intención. De los contingentes de Güemes dependió la suerte de la Argentina. Atacar al enemigo y desaparecer, para después regresar y volver a esfumarse, era la táctica de aquella «guerra de recursos» que mareó a los españoles, enredándolos en escaramuzas que no comprendían. Sus tácticas eran variadas: atacar por los flancos y la retaguardia, repetir los asaltos de día y de noche, siempre sorpresivamente. Acosar al enemigo en la retirada, impedirle buscar alimento. Los gauchos fueron implacables en la defensa del territorio¹⁷.

La guerra contra el ejército español dependiente del virrey del Perú, que se desarrolló en el Alto Perú, fue, junto con la gesta del general San Martín, el escenario épico más impresionante de la historia de liberación de América.

Pueblos enteros, miles de seres humanos, participaron en una lucha donde la resistencia y el ataque, el triunfo militar y los más crueles castigos a modo de represalia tuvieron como escenario quebradas y valles, llanuras y mesetas comunicadas por senderos y pasos difíciles de

transitar. Esa imposible geografía decidió a San Martín a continuar la guerra contra los españoles, pasando por Chile y el Pacífico.

Entre la Puna y la Quebrada, se dieron cita ejércitos profesionales y guerrillas de gauchos, quienes usaron las más variadas tácticas de combate irregular durante quince años.

Pero hubo otra guerra que muchos han olvidado. Bartolomé Mitre, en su *Historia de Belgrano*, la llamó: «Guerra de las Republicuetas»¹⁸.

La guerra gaucha de Güemes, fue apoyada por ricos propietarios del Norte que adhirieron a la causa revolucionaria luego de la batalla de Salta. Es el caso de Juan Manuel Fernández Campero, IV Marqués del Valle del Tojo, patricio y propietario de inmensas extensiones de tierra, a uno y otro lado de la Quebrada, que reunió un gran ejército y se financió a sí mismo.

De los 102 o 105 caudillos altoperanos que en ella actuaron, solo sobrevivieron nueve; los otros fueron víctimas de la ferocidad enemiga. Asesinados sin piedad, sus cabezas quedaron expuestas en picas para «escarmiento de los pueblos».

Una de las historias más emotivas de esta heroica guerra es la de Juana Azurduy, nacida en Chuquisaca, en cuya Universidad de San Francisco Javier, fundada en 1624 por los jesuitas, habían estudiado Moreno, Castelli, Monteagudo y otras figuras de la Revolución que combatieron el absolutismo borbónico. Trató a los indios desde temprano y aprendió el quechua y el aimara. Quedó huérfana de niña y a los 17 años se casó con Manuel Asencio Padilla, quien junto a ella fue uno de los héroes de la «Guerra de las Republicuetas».

Juana Azurduy fue premiada a instancias de Belgrano, en 1816, con el título de Teniente Coronel de Milicias Partidarias de los Decididos del Perú. En la batalla de El Villar, arrebató la bandera española después de haber atravesado con su sable al portaestandarte, y se la entregó con orgullo a su marido. Con posterioridad de la contienda de La Laguna —13 de septiembre de 1816—, el enemigo cayó sorpresivamente sobre Manuel Asencio Padilla, quien fue degollado; y su cabeza, exhibida en una pica. Doña Juana se dirigió a Salta para ponerse al amparo de Güemes, quien la recibió y la protegió hasta su muerte en El Chamental, el 17 de junio de 1821. Cuando el general murió, Juana volvió a Chuquisaca.

Aquella guerra que los caudillos del Alto Perú libraron con pocos recursos y mucha pasión, defendiendo la causa de la Revolución, fue tratada con desinterés por los Gobiernos de Buenos Aires. Los caudillos como Muñecas, Betanzos, Uriondo, Méndez, Camargo, Lanza, Warnes y Padilla fueron ferozmente ejecutados por los españoles. En mayo de 1825, el congreso argentino le escribió al Mariscal Sucre expresándole «que las provincias del Alto Perú queden en plena libertad para disponer de su suerte...». Así se convalidó la pérdida de esa parte del Virreinato del Río de la Plata, que se llamó Alto Perú.

La expedición a Chile y Perú que organizó el general San Martín, es, sin duda, una de las más celebres campañas militares de la historia universal.

Después de veintidós años al servicio de España, el teniente coronel José de San Martín, correntino de nacimiento y americano por sus ideas, llegó al Río de la Plata, a bordo de la fragata inglesa *Canning*, el 9 de marzo de 1812. Su foja de servicios era brillante; había peleado contra los moros en el norte de África y contra los franceses, cuando Napoleón invadió el territorio español. Entre 1808 y 1811, destacado en Cádiz, tomó contacto con hispanoamericanos que, como él, profesaban ideas contrarias al absolutismo borbónico.

Tras pedir su retiro del ejército español, San Martín llegó al puerto de Buenos Aires acompañado por Carlos María de Alvear y Matías Zapiola. Guiado por el impulso de sus ideas y el llamado de un destino excepcional, sería una de las figuras políticas más amadas por el pueblo argentino. Contribuyó decisivamente al logro de la independencia de su país y a su proyección en América; no se dejó cautivar por los halagos del poder, ni se mezcló en los enredos de la política interior o los combates que desgarraron el país durante sus primeras décadas de existencia política. Fue un hombre de Estado capaz y honesto, un estratega genial; riguroso en sus principios morales, con un corazón abierto a los mejores sentimientos. Llegó a América para cumplir una misión. Padeció solitario el dolor de la intriga y la difamación de sucesos posteriores a su gloria. Fue el primero que en América puso la guerra al servicio de una idea política: la independencia americana. Apenas llegado a su patria,

planteó la necesidad de crear un ejército moderno y el Triunvirato aceptó su propuesta.

El 16 de marzo de 1812 el Triunvirato, al conferirle a don José de San Martín «el empleo efectivo de Teniente Coronel de Caballería», dispone que desde esa fecha será «Comandante del Escuadrón de Granaderos a caballo que ha de organizarse como un cuerpo de élite. El regimiento respondía al deseo del futuro Libertador, que se proponía en estas tierras «fundar una nueva escuela de táctica, de disciplina y de moral militar».

El batallón de 125 granaderos tuvo su bautismo de fuego el 3 de febrero de 1813, en San Lorenzo —entre Zárate y Campana» al arrollar a 250 soldados españoles.

La historia del Regimiento es la historia de la patria misma. Luego de cruzada la Cordillera, integrando el Ejército de los Andes —enero de 1817—, triunfaron en Riobamba y en muchas otras batallas. San Martín, orgulloso, dijo de ellos: «de lo que los granaderos son capaces solo yo lo sé; quien los iguale habrá, quien los exceda no». El regimiento volvió a reunirse el 29 de mayo de 1903, durante la segunda presidencia de Julio A. Roca.

El plan continental que concibió el general San Martín tenía por objetivo destruir el poder español que, desde Lima, sede del Virreinato del Perú, hostigaba la independencia de las Provincias Unidas. Su tenacidad y fuerza moral hizo posible organizar el ejército que debía cruzar los Andes, liberar a Chile y proclamar la independencia del Perú.

En Mendoza, San Martín concibió su plan, que consistía en aniquilar el baluarte peruano de los españoles en Lima. Estaba firmemente convencido de que «el camino del futuro estaba al Oeste y Cuyo era la llave para llegar allí»¹⁹. No creyó conveniente la estrategia de luchar por la independencia en el Alto Perú. Las Tierras Altas eran un obstáculo por sus condicionamientos geográficos y por la hostilidad de su población. Había que destruir el poderío español que residía en el Perú, y para ello era necesario cruzar los Andes y, desde Chile, subir por el Pacífico, a fin de invadir la costa peruana. De esto trataba el Plan Continental de San Martín. La campaña de San Martín fue, no cabe duda, una epopeya sin paralelo en los anales de la historia universal.

Fue recién con el advenimiento de Pueyrredón como Director Supremo cuando el Plan fue aceptado por el Gobierno, y se nombró a San Martín general en jefe del Ejército de los Andes el 1 de agosto de 1816.

El Ejército de los Andes fue una creación de San Martín con el apoyo decisivo del Pueblo de Cuyo. Se formaron cuatro batallones de infantería, tres regimientos de caballería y un batallón de artillería. Su número se calculaba entre 4611 y 5000 hombres. Los realistas contaban con más de 7000. Nuestro ejército estaba formado por gente del pueblo, solo diez oficiales pertenecían a la élite criolla. En Cuyo, se reclutaron más de mil libertos. San Martín firmó un pacto con los pehuenches para obtener su ayuda en el cruce por los pasos del Sur.

Desde su campamento, instalado en El Plumerillo, tuvo que luchar con la falta de mulas, uniformes, sables, vituallas. El Ejército de los Andes comenzó a movilizarse el 5 de enero de 1817.

El cruce de los Andes forma parte de la epopeya militar argentina. El ejército cruzó los Andes por caminos a 4000 m de altura, y recorrió 500 km en veintidós días. Las hazañas de San Martín lo colocan a la par de Napoleón y Aníbal. Hombres, armas, mulas, pesadas piezas de artillería, vituallas, senderos, abismos, celadas, surcos, informaciones falsas, indios, gauchos. Cruzar por pasos diferentes: «Guane», «Come caballos», «Pinquenes». Empresa azarosa como la que más, donde todos estaban expuestos al mal de altura, al «soroche», al agotamiento, y al frío. Se calcula que el cruce de la Cordillera costó trescientas vidas humanas; de las 9251 mulas que salieron de Mendoza, no más de 4300 llegaron a Chile; de los 1600 caballos, solo quinientos sobrevivieron.

Mientras el insigne Comandante en Jefe del Ejército de los Andes se encontraba en la mitad de una de las campañas militares más complejas de la historia militar, para enfrentar al enemigo español, su propio país caía en el pozo de la anarquía. El Ejército del Norte, requerido en auxilio por Buenos Aires, se rebeló en Arequito (5 de enero de 1820); los caudillos se levantaron contra la malograda Constitución de 1819, y los realistas invadieron Jujuy y Salta (mayo de 1820). Solo Güemes, designado por San Martín «General en Jefe del Ejército de Observación sobre el Perú», resistió con su caballería gaucha al nuevo avance español. Su

coraje y el apoyo ejemplar brindado por el pueblo de Salta salvaron a la Argentina de perder más territorio.

San Martín, no respondió al llamado del Gobierno de Buenos Aires para que regresara de Chile a fin de combatir contra los federales en ese año dramático de la anarquía (1820).

Los historiadores denominan esta actitud como un acto de «desobediencia histórica». No fue el primer desobediente; también lo había sido Belgrano en la campaña altoperuana, antes de la batalla de Tucumán (24 de septiembre de 1812), cuando Rivadavia le ordenó abandonar el Noroeste y las Tierras Altas, en manos de los godos, para atrincherarse en Córdoba. En cuanto a San Martín, este tenía claro su compromiso americano.

El 21 de julio el general José de San Martín entró en la Ciudad de Los Reyes triunfalmente. Después de reunirse un cabildo abierto, el 28 de ese mes proclamó la independencia del Perú, y se enarboló por primera vez la bandera roja y blanca creada por el Libertador, a quien se le otorgó el mando con el título de Gobernador del Perú, reuniendo en su persona el mando político y militar.

Como jefe de Estado, San Martín dictó un estatuto que limitaba sus poderes, instituyó un Senado, suprimió el tributo indígena, fundó la biblioteca de Lima —en Mendoza y Santiago también creó bibliotecas— y estableció la ciudadanía peruana accesible a todos los sudamericanos.

En enero de 1822, Simón Bolívar, desde Cali, invitó a Chile y al Perú a una reunión, con el fin de concertar la unión americana. San Martín estuvo de acuerdo con esta idea porque entendía que era necesario aunar esfuerzos para terminar con la guerra de la independencia.

San Martín y Bolívar acordaron reunirse en Guayaquil, ciudad que el 9 de octubre de 1820 se había levantado en armas y proclamado su independencia. En el ánimo de los rebeldes estaba el deseo de formar una república independiente o plegarse a Perú.

San Martín llegó a Guayaquil el 25 de julio de 1822. Entre ambos libertadores, hubo tres conferencias y estas fueron absolutamente secretas (duraron una hora y media, media hora y cuatro horas cada una). Se afirma que San Martín llevaba para tratar con Bolívar tres temas im-

portantes: la anexión de Guayaquil al Perú, decisión que antes sometería a la ciudadanía; pedir la colaboración del ejército colombiano para reforzar sus propias armas y crear una constitución monárquica para los nuevos Estados, con un príncipe europeo.

Bolívar le ganó de mano en cuanto al primer propósito. Cuando recibió a San Martín, le dijo que «era huésped de la tierra colombiana²⁰». San Martín llevaba las de perder, porque no contaba con la ayuda de los argentinos ni de los chilenos que, en ese momento, le eran hostiles. En cambio, Bolívar portaba los laureles por las recientes victorias y la gloria de los vencedores. En cuanto a la monarquía, el venezolano era totalmente adverso a ella. Y sobre la ayuda militar que le pidió San Martín, ofreciéndose a combatir bajo sus órdenes, también esto le fue rechazado, pues Bolívar no quería comprometer al grueso de su ejército, el que necesitaba para resguardar la seguridad de Colombia. Años más tarde, en Bruselas, San Martín le escribió una carta al general William Miller, fechada en abril de 1827, en la que expresaba que «el viaje a Guayaquil no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú» y agregaba amargado «pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el Libertador me declaró que, haciendo todos los esfuerzos posibles, solo podía desprenderse de tres batallones con una fuerza total de 1.070 plazas²¹».

Tal vez, San Martín, «general sin ejército, Protector sin poder», comprendió que su presencia era un obstáculo para la entrada de Bolívar al Perú; el venezolano no quería compartir glorias. La Conferencia de Guayaquil es parte de los misterios que la historia no ha descifrado aún.

El Libertador regresó a Lima y, el 20 de septiembre de 1822, ante el Congreso Constituyente, renunció a su jefatura del Ejército de los Andes, rechazando el título que el mismo Congreso le ofreciera: «Generalísimo del Perú». También se lo designó «Fundador de la Libertad del Perú», con amplias prerrogativas. Inflexible, el general San Martín se embarcó al día siguiente hacia Valparaíso. Abandonó así el Perú sin el trato del que era acreedor, pero convencido de haber contribuido decisivamente en la demolición del poder español en América.

Regresó definitivamente a Europa y se estableció en Francia en 1830. Desde Francia apoyó la política exterior de Rosas y su defensa de los intereses nacionales. En 1848, cuando se levantó el bloqueo anglo-francés, escribió al Restaurador para felicitarlo. Le legó su espada, porque consideraba que este había defendido «el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla». Los dos últimos años, los pasó en Boulogne-Sur-Mer, donde murió el 17 de agosto de 1850.

El 28 de mayo de 1880, un navío trasladó sus restos a Buenos Aires donde una inmensa multitud los recibió. El presidente Avellaneda, expresó en su discurso: «Sombra del Gran Capitán: vuestro voto se encuentra cumplido. Descansáis en vuestra tierra. Levantaos para cubrirla. Señor, oídnos (...) Señor, proteged la independencia de vuestra patria y la santa integridad de su territorio contra todo enemigo extraño».

Otro de los frentes de conflicto fue el del Uruguay, así como el intento del Brasil de anexar esa provincia.

El 23 de octubre de 1823, el Cabildo de Montevideo se declaró bajo la protección y el gobierno de Buenos Aires. Mientras Estanislao López quería una rápida aceptación del ofrecimiento, Martín Rodríguez y Lucio V. Mansilla evaluaban imposible hacerlo, puesto que no tenían ni los recursos humanos ni las facilidades logísticas para hacer frente al Imperio que, seguramente, reaccionaría al ver la Banda Oriental integrada a las Provincias Unidas.

La serie de gestiones diplomáticas intentadas por el gobierno de Buenos Aires, con el fin de contener al Imperio del Brasil, resultaron infructuosas (se envió a Lima a Álvarez Thomas para buscar el apoyo de Simón Bolívar; Sarratea viajó a Londres para intentar la mediación del representante inglés), llevándonos a una guerra con el Imperio de Río de Janeiro.

La hostilidad del Gobierno de Buenos Aires hacia José Gervasio de Artigas creó grandes resentimientos entre los uruguayos, a pesar de que algunos prefirieron unirse a los argentinos antes que soportar el yugo de los brasileños.

José Gervasio de Artigas fue, históricamente, el primer caudillo que levantó la bandera del federalismo. La dinámica de los sucesos de

la Banda Oriental exigió sucesivas definiciones políticas y estratégicas, y un progresivo involucramiento militar que terminó en la eclosión de la primera guerra internacional en la historia argentina.

Para comprender la matriz de los grandes desafíos civiles y militares que debió enfrentar nuestra nación en las dos décadas que siguieron a la Revolución de Mayo, es necesario conocer aquella parte de la epopeya donde los dos pueblos del Río de la Plata lucharon por la libertad enfrentando a españoles, a portugueses y a los secretos propósitos de la diplomacia de su Graciosa Majestad.

Desde el levantamiento de Artigas, el 15 de febrero de 1811, hasta la paz con el Brasil firmada por Dorrego, que otorgó la independencia al Uruguay, transitamos una complicada serie de guerras, intervenciones, bloqueos, acuerdos y congresos, a través de cuyo desarrollo la Junta, el Triunvirato, los Directores Supremos y el Gobierno de Buenos Aires persiguieron objetivos múltiples: derrotar el poder español encarnado en Elío; evitar que el Brasil anexara u ocupara la Banda Oriental; oponerse a las correrías de Artigas que, a veces, colaboraba con Buenos Aires y, otras, se le oponía haciéndole la guerra aliado con López y Ramírez; en fin, declarada la guerra con el Brasil, debimos derrotar las fuerzas del Imperio. Todos los conflictos entre 1811 y 1829 se generaron por la situación de la Banda Oriental.

Artigas fue el primero en plantear ideas claras sobre la organización política de los pueblos del antiguo Virreinato. Esta historia se inició con el levantamiento contra la autoridad española el 15 de febrero de 1811. José María Rosa dice que «fue el creador del federalismo» en esta tierra, arraigado en la cultura política como heredero de las viejas tradiciones hispánicas, la de los viejos cabildos indianos. Esta concepción fue contradictoria con las ideas hegemónicas y centralistas que, años después, prevalecieron en los Gobiernos porteños. Artigas tuvo las mismas concepciones que inspiraron las revoluciones de Chuquisaca (25 de mayo de 1809) y La Paz (16 de julio de 1809) y de uno de sus principales líderes, Pedro Domingo Murillo: hacer de América una confederación de municipios.

Luego de desaparecido Artigas, la Banda Oriental fue anexada primero a Portugal, y luego al Imperio del Brasil, creado en 1822. Pero un

grupo de orientales resistió al invasor y el 25 de agosto de 1825 declaró su anexión a nuestra deshilvanada república.

En abril de 1825, treinta y tres orientales a las órdenes de Juan Antonio Lavalleja, desembarcaron en la Banda Oriental y sitiaron Montevideo, con la ayuda de un levantamiento popular.

El 25 de agosto de ese mismo año, los uruguayos reunidos en el Congreso de La Florida declararon «la unidad con las demás provincias», sancionando la anexión de la Banda Oriental a las Provincias Unidas. En Buenos Aires, el Congreso, por ley del 24 de octubre siguiente, aceptó la incorporación del Uruguay. A partir de ese momento, el conflicto con el Imperio era inevitable.

Si bien el contexto internacional se tornó más favorable luego del reconocimiento del Estado y del establecimiento de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, Inglaterra, el Brasil y Portugal, la situación regional era cada vez más complicada ante las ambiciones imperiales del Brasil.

El Brasil nos declaró la guerra el 10 de diciembre de 1825, cuando todavía la arquitectura institucional de la Argentina no estaba en pie. Una frágil situación de hecho vinculaba a las provincias con el Gobierno de Buenos Aires.

Las tropas del Gobierno de las Provincias Unidas, al mando de Carlos M. de Alvear (la jefatura del ejército) y del almirante Guillermo Brown (al mando de las fuerzas navales) tuvieron un resonante triunfo sobre las tropas del Imperio. Las acciones bélicas del Ejército Republicano al mando de Carlos M. de Alvear empezaron a principios de 1826.

La más brillante victoria sobre los aguerridos ejércitos imperiales fue la batalla de Ituzaingó (o paso de Rosario, según los brasileros) que tuvo lugar en el centro-oeste del estado de Río Grande del Sur (entonces, territorio en litigio entre el Brasil y la Argentina). Fue un encuentro sangriento entre los 7000 soldados bajo la conducción de Carlos M. de Alvear y los 10 000 soldados del marqués de Barbacena, donde se lucieron por su heroísmo los generales Juan Lavalle y José María Paz. El triunfo argentino le costó al Imperio 1200 vidas y 148 prisioneros. Entre los pertrechos del ejército que se dispersó, se encontró una partitura

de música que el Emperador le había entregado al marqués de Barbacena para que ejecutara la canción después de la victoria que creía asegurada. A esa partitura, los argentinos la bautizamos *Ituzaingó* en recuerdo de aquella victoria, y hoy es parte del repertorio de nuestra música militar. Se toca cuando se traslada la bandera y es, junto con el bastón de mando y la banda presidencial, uno de los atributos del presidente de la Nación.

En Buenos Aires, Rivadavia aprovechó las victorias militares para iniciar una negociación diplomática con Río de Janeiro. Quería una rápida paz porque su preocupación mayor eran los enemigos interiores. Manuel García fue enviado a Río, pero apenas iniciadas las negociaciones se percató de que el Emperador no «cedería la provincia Cisplatina» (el Uruguay). García aceptó la situación y el 27 de mayo de 1827 reconoció al Uruguay como parte del Imperio, aceptando al mismo tiempo la libre navegación de los ríos bajo la garantía inglesa. Triunfamos en la guerra, pero fuimos derrotados en el terreno diplomático. Rivadavia claudicó.

Al conocerse en el país la firma de la vergonzosa convención, ello provocó tal ira entre los dirigentes y la opinión, que el presidente Rivadavia tuvo que rechazar el tratado suscripto por su enviado y luego lo denunció. Todo tambaleaba cuando, sobre los contundentes triunfos militares de Alvear y de Brown, la diplomacia del ministro García firmaba la derrota de los intereses estratégicos argentinos, cuyo nudo central era evitar el avance brasileño sobre el Río de la Plata.

Rivadavia debió renunciar el 28 de junio de 1828.

Buenos Aires eligió como gobernador y encargado de las relaciones exteriores a Manuel Dorrego, quien tuvo la responsabilidad histórica de poner fin a la guerra. Juan Manuel de Rosas y los Colorados del Monte, fueron una decisiva influencia en su designación. Con la intervención y mediación de lord Ponsonby, Dorrego logró que el Brasil aceptara la independencia del Uruguay, como la única solución honorable para la paz. Fueron Guido y Balcarce quienes firmaron, el 27 de agosto de 1828, el tratado de paz con el Imperio, el que reconocía la independencia del Uruguay y la libre navegación de los ríos.

El tratado fue ratificado a fines de septiembre. A partir de entonces, y gracias a la intervención argentina, la Banda Oriental accedió finalmente a su independencia.

Intentos constitucionales

El primer intento de perfeccionar la arquitectura institucional fue la Asamblea del Año XIII, imbuida de las ideas liberales que durante el cautiverio del rey sancionaron las Cortes de España.

Si bien en ella se habla de independencia y constitución, sin declarar la una ni sancionar la otra, fue esta Asamblea la que marcó el inicio de la transformación cultural de la sociedad jerarquizada y monárquica hacia otra exaltadora de los valores de la igualdad y el espíritu republicano. No participaron Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos y la Banda Oriental

La Independencia se declaró el año en que todos los movimientos emancipadores de América habían sido sofocados. Nuestra diplomacia navegaba confundida entre una imaginada protección de su Majestad Británica y la afanosa búsqueda de un príncipe. Había que terminar con la «máscara de Fernando». «¡Hasta cuando esperaremos declarar la independencia!», exclamaba José de San Martín, en abril de 1816. Habían pasado seis años desde la Junta de Mayo.

En este Congreso de Tucumán, veintinueve diputados, muchos de ellos doctores en Derecho y Teología, en un día «claro y hermoso», bajo la presidencia de Francisco N. Laprida, declararon:

...solemnemente a la faz de la tierra que es voluntad unánime e indubitable de estas provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojados, e investirse del alto carácter de nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli.
(*Acta de la Independencia*, 9 de julio de 1816)

Del acta, se imprimieron 1500 ejemplares en español, 1000 en quechua y 500 en aimara. Por decreto del 6 de julio de 1826, Bernardino Rivadavia declaró ese día feriado, pero se aclaró que se celebraba también el 25 de mayo. Fue Rosas quien, el 11 de junio de 1835, dispuso que el 9 de julio sería festivo, del mismo modo que el 25 de mayo. La independencia estaba declarada, pero la guerra civil se extendería aún por más de tres décadas.

Las discusiones sobre la forma de gobierno, al principio, estuvieron influidas por la situación del país en el contexto internacional donde, a partir de la caída de Napoleón, prevalecieron las ideas favorables a las monarquías, que el Congreso de Viena quiso imponer como principio legitimador de la organización política nacional.

Fue en ese contexto y bajo la influencia de los paradigmas prevalentes en Europa, que en nuestro medio nació el debate sobre la monarquía y la república.

La causa revolucionaria, ya lo hemos dicho, se abrió paso entre las amenazas internas y externas que se cernían sobre el inestable Gobierno del Río de la Plata. Durante más de veinte años, ningún régimen lograría mantenerse en pie sin enfrentar la sedición o los golpes de Estado que se repitieron con frecuencia. Hasta 1860, los reglamentos, los estatutos o las constituciones que se sancionaron, fueron provisorios o nunca aceptados por todas las provincias.

Los intentos de entronizar un príncipe aún antes de 1810 y las distintas misiones en búsqueda de algún candidato deben entenderse en el contexto de la fragilidad institucional del Río de la Plata y de la situación dominante en la escena internacional. El que primero tuvo la idea de instaurar una monarquía borbónica, independiente de la española, fue Manuel Belgrano ante la llegada a Río de Janeiro de la corte portuguesa. La esposa de Juan de Portugal era Carlota Joaquina de Borbón y Borbón, hermana de Fernando VII, a la sazón, cautivo en manos de Napoleón.

Fueron varias las misiones o las gestiones que se realizaron para buscar un candidato interesado en una hipotética monarquía rioplatense. Aparte de Belgrano, quien siempre manifestó su fidelidad y preferencia por la monarquía, en 1814, el director Gervasio de Posadas decidió

enviar una diputación a Fernando VII para felicitarlo por su restitución en el poder y una misión para intentar instaurar una monarquía americana independiente de España, la que fue encomendada a Manuel Belgrano (terminadas sus misiones militares) y Bernardino Rivadavia. Ambos llegaron a Europa en mayo de 1815. Le ofrecieron a Carlos IV, que vivía exiliado en Roma, el hipotético trono para su hijo Francisco de Paula de Borbón y Borbón. La gestión fracasó.

El Director Supremo, Carlos María de Alvear, a través de su enviado Manuel José García, mantuvo conversaciones con el embajador inglés en Río de Janeiro, lord Strangford, con el objetivo de someter el Río de la Plata a la protección de la corona británica. A pesar del entusiasmo puesto en el ofrecimiento, esta gestión también fracasó²².

Cuando, a principios de 1816, Belgrano volvió a Buenos Aires, la Revolución atravesaba uno de sus momentos más difíciles con la pérdida de las provincias del Alto Perú, luego de varias derrotas militares frente a tropas españolas. El de 1816 fue un *annus horribilis*, todo parecía derrumbarse. Había pasado un lustro de la Revolución de Mayo, y nuestra situación era desastrosa. Hacia mediados de 1816, Juan Cayetano Rodríguez escribió una carta donde confesaba lo siguiente: «No se puede abrir el libro de la revolución sin llorar en cada página».

Reunido el Congreso Constituyente en Tucumán, Manuel Belgrano tuvo la oportunidad de exponer en la sesión secreta del día 6 de julio de 1816, ante los diputados, la situación en Europa, donde el sistema monárquico era impulsado por la Santa Alianza, dada la mala experiencia de los ensayos republicanos.

El Congreso de Tucumán no logró un acuerdo sobre la forma de gobierno —monarquía o república— por la oposición de los diputados de Buenos Aires a las fórmulas monárquicas. El diputado Tomás Manuel de Anchorena expuso los inconvenientes del monarquismo aun cuando votó por la entronización de un infante de la casa de Braganza. Fray Santa María de Oro sostuvo que era necesario consultar a los pueblos antes de acordar una forma de gobierno. Expresó que se retiraría del Congreso si se optaba por la monarquía, hacia donde parecía que los votos se inclinaban.

El Congreso declaró la Independencia, pero no se expidió sobre la forma de gobierno, lo que provocaría sucesivas confrontaciones y sería, en parte, la causa de las guerras civiles.

En 1818, el Director Supremo, Juan Martín Pueyrredón, intentó una negociación con la familia de Orleáns para coronar un príncipe francés, el duque de Orleáns. Un emisario secreto se entrevistó con Pueyrredón, pero luego de tortuosas negociaciones en París el proyecto fracasó por el rechazo de la propia casa de Orleáns. Por su parte, el nuevo Director, José Rondeau, cerró el expediente novelesco que fue el ofrecimiento francés de coronar en el Río de la Plata, a Carlos Luis de Borbón, duque de Luca. Bartolomé Mitre dijo que «el duque de Luca fue el último soberano que reinó en la imaginación de los monarquistas del Río de la Plata».

Fracasado el intento de la Asamblea del Año XIII, en 1819 apareció la primera Constitución de las Provincias Unidas de Sud América —ese fue el nombre elegido—, que tenía un carácter centralista, y creó el cargo de Director Supremo como autoridad máxima. El texto de esta Constitución provocó el primer levantamiento de los caudillos. El Congreso, que había sesionado en Tucumán, se trasladó a Buenos Aires, en mayo de 1817, y presentó un texto de Constitución sancionada el 20 de abril de 1819, luego de nueve meses de debates. Su jura tuvo lugar el 25 de mayo de ese año por todas las provincias, salvo las del Litoral, que la rechazaron.

En 1820, fue la primera gran crisis que expresaba la profunda división de intereses e ideas entre las provincias y Buenos Aires. Dice el norteamericano James R. Scobie: «los intereses estaban divididos entre los que deseaban importar una cultura europeizada y los defensores de la tradicional herencia hispánica²³».

Los caudillos instalaban a caballo de sus autonomías la disolución nacional. Pretendieron la creación de un sistema federativo rechazado y resistido por las élites, sobre todo las porteñas.

El advenimiento de las figuras carismáticas de los caudillos animó la guerra civil como tensión dominante en la sociedad. Bernabé Aráoz, en Tucumán; José Gervasio Artigas, en la Banda Oriental; Juan B. Bustos, en Córdoba; Juan F. Ibarra, en Santiago del Estero; López en Santa Fe; Quiroga, en La Rioja. En Buenos Aires, empezó a perfilarse Rosas.

El Cabildo de Buenos Aires, que en febrero de 1820 proclamó la disolución del poder central, renunció en nombre de Buenos Aires a que esta ciudad fuese capital de las Provincias Unidas. Un cabildo abierto creó la Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires, primer cuerpo legislativo de ese Estado. El 16 de febrero, designó a Manuel de Sarratea como su primer gobernador.

Conscientes del riesgo que se corría, Sarratea, López y Ramírez firmaron el primer acuerdo interprovincial el 23 de febrero de 1820: el Tratado del Pilar. Por este, se comprometieron a mantener la unidad y a adoptar el sistema federal de gobierno.

A partir de la disolución de la autoridad, de hecho, los trece Estados provinciales intentaron organizar constitucionalmente al país.

Las intrigas corroyeron el gobierno de Buenos Aires, obligando a Sarratea a renunciar, víctima de una conjura conducida por Juan Ramón González de Balcarce. Con el apoyo de López y Ramírez, aquel logró recuperar el cargo de gobernador, aun cuando Alvear le hizo un planteo que logró resistir. El 1 de mayo, a dos meses y medio de su elección, volvió a renunciar, presionado por la Legislatura local, que designó (2 de mayo) a Idelfonso Ramos Mejía, quien veintidós días después dejó su cargo jaqueado por los caudillos federales. Pero el 20 de junio fue la jornada que recordamos en la historia como «el día de los tres gobernadores»: Ramos Mejía, todavía en el cargo; Estanislao Soler, proclamado gobernador por el Cabildo de Luján; y el Cabildo de Buenos Aires, que desconocía a los dos anteriores²⁴.

En aquel día nefasto en nuestra historia, moría Manuel Belgrano, pobre, enfermo y olvidado. Fue sepultado con el hábito dominico, en el atrio de la Iglesia de Santo Domingo, a escasos metros de donde vivía. Su lápida se hizo del mármol de una cómoda de su hermano Miguel. El 20 de junio de 1903, el presidente Roca, en solemne ceremonia, trasladó sus restos al mausoleo construido en Roma por Èttore Ximenes.

El Cabildo se deshizo en luchas intestinas, pero logró con el apoyo de Rosas, nombrar gobernador de Buenos Aires al general Martín Rodríguez.

Juan Gregorio de Las Heras sucedió a Rodríguez en la gobernación a partir de 1824. La Junta de Representantes lo designó por tres años, y una de sus decisiones más importantes fue convocar otro Congreso General Constituyente. Era un momento muy difícil para la nación, pues a la desintegración del interior se sumó el desmembramiento de la Banda Oriental, anexada por el Brasil.

El Congreso aprobó una Ley Fundamental que otorgó un nuevo nombre al Estado: Provincias Unidas del Río de la Plata, (el de Tucumán usó el de Provincias Unidas de América del Sur). Se creó un Poder Ejecutivo de carácter nacional al que se delegaban las relaciones exteriores y los asuntos de la guerra. El 8 de febrero de 1826, eligió para ese cargo a Bernardino Rivadavia como presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El Estado nacional era inexistente, aun cuando una ley votada por el Congreso, declaraba a Buenos Aires capital de la República, contraviniendo lo decidido por el Cabildo seis años antes. El artículo séptimo de la Constitución «consagraba para su gobierno la forma representativa republicana, consolidada en unidad de régimen».

Esta Constitución, sancionada el 24 de diciembre de 1826, recibió el rechazo generalizado de todas las provincias por no respetar el sistema federal. Córdoba, La Rioja, Santiago del Estero y San Juan repudiaron, expresamente, la Constitución. Facundo Quiroga, líder de una alianza entre Tucumán, Catamarca, Mendoza, San Juan y La Rioja, derrotó a las fuerzas unitarias bajo el mando del General Lamadrid, en la batalla de El Tala. Córdoba y Santa Fe se separaron de Buenos Aires, mientras Rivadavia desde la Presidencia «inventada» por el Congreso, desarrolló una política de inspiración liberal.

En abril de 1827, casi todas las provincias se pronunciaron por el federalismo, rechazando al gobierno de Rivadavia, por su política unitaria y antirreligiosa, y a la Constitución unitaria que se intentó imponer. Rivadavia renunció el 28 de junio de 1827, a dieciséis meses de haber aceptado el cargo, y dejó el país enfrentado en una discordia profunda y en una mala posición internacional. Su proyecto unitario, «la feliz experiencia», si bien fue una época de expansión económica y de reformas

modernizantes, terminó en un fracaso político: una sociedad dividida, enfrentadas las facciones, el país acosado desde el exterior.

Hay una pregunta que cabe formular y es porque durante el período rosista y, sobre todo, en la etapa en que los federales dominaron, ¿no se sancionó una Constitución!

Tanto López como Quiroga quisieron que se convocara a un Congreso para proceder finalmente a la organización del país. Pero Rosas terminó su primer mandato en 1832 sin convocarlo. La cuestión constitucional dividió a los federales de Buenos Aires entre quienes pretendían convocar un Congreso (los cismáticos) y quienes querían postergarlo (los apostólicos). La Constitución debía reglar las relaciones entre las provincias del interior y Buenos Aires, lo cual implicaba, entre otras cosas, la distribución de las rentas de la aduana y la libertad de navegación del Paraná (es decir, la posibilidad del comercio internacional para los puertos del interior).

Encarnación Ezcurra organizó una «Revolución de los Restauradores» en defensa de las ideas y la preeminencia de su marido. En abril de 1833, cuando se renovó la Legislatura, hubo violentos choques entre federales natos y cismáticos. Luego de dos gobernadores interinos, Rosas volvió al poder, apoyado por actos intimidatorios contra opositores impulsados por su mujer.

La Sala de Representantes votó cuatro veces la elección de Rosas, quien rechazó la designación, ya que no le conferían las facultades extraordinarias». Ese colegiado designó sucesivamente como gobernadores a Tomás Manuel de Anchorena, Nicolás de Anchorena, Juan Nepomuceno Terrero y al general Ángel Pacheco, pero ninguno aceptó por su amistad o lealtad a Rosas. Fue el presidente de la Sala, Juan Vicente Maza, quien interinamente se hizo cargo de una provincia cuyo poder había estado vacante por casi cuatro meses.

En el interior, empezaron nuevamente los dramas entre los gobernadores federales de Tucumán y Salta —Alejandro Heredia y Pablo Latorre—. Se acusaban mutuamente de traición por complicidad con los unitarios. Quiroga tenía gran ascendencia en las provincias del interior y aceptó la misión que le pidió su amigo Juan Manuel para buscar «paz y

orden». Rosas lo acompañó en su viaje hacia el Norte hasta San Antonio de Areco donde conversaron largamente el 17 de diciembre de 1834. Como Quiroga debía partir al día siguiente, Rosas le prometió darle «francamente su opinión» sobre la cuestión constitucional a través de una carta que le hizo llegar por un chasqui.

Esta era la cuestión central en torno a la cual se jugaba el destino del país, cuya inestabilidad era alimentada por la desconfianza, las ambiciones, el egoísmo de los principales líderes. Sus lealtades fluctuaban entre la patria grande que debían construir y los localismos que para sobrevivir debían defender.

Esta importante carta con fecha del 20 de diciembre de 1834 estaba firmada por Rosas en la Hacienda de Figueroa, ubicada cerca de San Antonio de Areco. En la segunda parte de la carta —la primera está dedicada a la gestión de mediación que le encargó a Quiroga—, explica los argumentos sobre porqué no es conveniente dictar prematuramente una Constitución.

Rosas pensaba que los pueblos debían ocuparse primero de sus constituciones particulares para después «trabajar los cimientos de la Carta Nacional». Creía que solo estando en paz la República podía encararse la cuestión de la Constitución, pero decía que «los escándalos que se han suscitado y el estado verdaderamente peligroso en que hoy se encuentra la República, cuyo cuadro es lúgubre» eran un impedimento para encarar el tema de la constitución. Estaba persuadido de la necesidad de una Constitución Nacional, pero observaba que una República Federativa era «lo más quimérico y desastroso que pueda imaginarse, toda vez que no se componga de estados bien organizados en sí mismos (...); por consiguiente, si dentro de cada estado en particular no hay elementos de poder para mantener el orden respectivo, la creación de un gobierno federal no sirve más que para poner en agitación toda la Republica a cada desorden parcial que suceda y hacer que el incendio de cualquier Estado se derrame por todos los demás. Qué esperanza puede haber de tranquilidad y calma al celebrar los pactos de la Federación, primer paso que debe dar el Congreso». Rosas muy cáustico se preguntaba «¿Habremos de entregar la administración general a ignorantes, aspirantes, unitarios y a toda clase de bichos?».

Rosas planteaba en la larga carta todos los puntos que debía resolver el Congreso para dictar una Constitución. Se refería a la deuda pública, a la financiación del Congreso, a la cuestión de la capital. Alertaba contra los que «alborotan» los pueblos con el grito de «Constitución». Hacía el final de su misiva, Rosas afirmaba que «el gobierno general de una república federativa no une a los pueblos federados, los representa unidos; no es para unirlos, es para representarlos en unión ante las demás naciones».

La unión y tranquilidad pues crea el gobierno general, la desunión lo destruye, el es la consecuencia, el efecto de la unión, no la causa y si es sensible su falta es mucho mayor su caída, porque nunca sucede sino convirtiendo en escombros toda la República. No habiendo hasta ahora entre nosotros como no la hay, unión y tranquilidad, menos mal es que no exista Constitución que sufrir los estragos de su disolución. Es necesario que ciertos hombres se convenzan del error en que viven, porque si logran llevarlo a efecto envolverán la Republica en la más espantosa catástrofe y yo desde ahora pienso que si no queremos menoscabar nuestra reputación ni mancillar nuestras glorias no debemos prestarnos por ninguna razón a tal delirio hasta que dejando de serlo por haber llegado la verdadera oportunidad veamos indudablemente que los resultados han de ser la felicidad de la Nación.

Adiós compañero, el cielo tenga piedad de nosotros y dé a usted salud, aciertos y felicidad en el desempeño de su comisión; y a los dos y demás amigos iguales goces, para defendernos, precavernos y salvar nuestros compatriotas de tantos peligros como nos amenazan.

(Carta de Juan Manuel de Rosas a Facundo Quiroga,
Hacienda de Figueroa, 20 de diciembre de 1834)

Facundo Quiroga, el «Tigre de los Llanos», volvía a Buenos Aires luego de haber realizado la misión encomendada por Rosas. Lo hizo atravesando un territorio hostil. A pesar de las advertencias de peligro, el 16

de febrero de 1835 en Barranco Yaco fue asesinado. La noticia conmovió a todo el país. Su muerte rompería el equilibrio triangular: López en Santa Fe, Rosas en Buenos Aires y Quiroga en La Rioja al Noroeste. Nadie lo heredaría políticamente.

Pocos días después de la conmoción que causó la muerte de Quiroga, el 7 de marzo de 1835, Juan Manuel de Rosas fue electo gobernador de Buenos Aires por cinco años en vez de tres, y un plebiscito le otorgó la suma del poder (9720 vecinos votaron a favor, 7 en contra). Sarmiento, en su *Facundo*, confiesa «nunca hubo Gobierno más popular, más deseado ni más bien sostenido por la opinión» Asumió la gobernación el 13 de abril de 1835 en medio del júbilo popular. Al día siguiente, la *Gaceta Mercantil* consignó que el gobernador había prometido perseguir «de muerte al impío, al sacrílego, al ladrón, al homicida y, sobre todo, al pérfido y traidor que tenga la osadía de burlarse de nuestra buena fe»²⁵.

Rosas enfrentó durante sus renovados diecisiete años de gobierno, hasta 1852, tantas crisis internas como externas. Su gestión fue, permanentemente, hostilizada por alzamientos, sublevaciones, revoluciones que desconocieron su legitimidad como gobernador de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores de la Confederación y jefe del Partido Federal. Es una historia compleja, cuya trama forma parte de la larga guerra civil entre unitarios y federales.

Sin duda, no habían faltado oportunidades para que Rosas convocara un Congreso y se pusiera a la cabeza del proceso constituyente, pero no lo hizo. Su tesis de que había que empezar de abajo hacia arriba — pacificar, ordenar las provincias e institucionalizar sus gobiernos — le impidió asumir el liderazgo constitucional que la historia deparó a Urquiza. Fue, sin duda, su principal error. Julio Irazusta afirmó que Rosas gobernó basándose en la «Constitución» que era el Pacto Federal de 1831.

El código de la violencia

América fue un espacio excesivo donde vivir. Exigió estar alerta, vigilante frente a lo desconocido. Se dice que el período hispánico in-

troujo un tipo de violencia ligada a una forma de castigar, prácticas sanguinarias entre los propios conquistadores que no eran conocidas por los pueblos originarios, apegados a ritos rigurosos: el sacrificio por la sangre bajo ciertas formalidades tenía un carácter sacro. Para los europeos, la muerte violenta fue parte de una cultura de héroes, de guerreros, de lances y de conspiraciones frecuentes.

El Matadero y La Cautiva, de Esteban Echeverría, y los múltiples relatos de la guerra contra el indio, ofrecen un paisaje de sangre y crueldad que impregnó el vocabulario cotidiano de un pueblo manso en la vida privada, pero que podía ser muy violento cuando actuaba en función política o bajo las órdenes de un jefe. Cabezas cortadas y expuestas, ejecuciones a lanza, castigo en el cepo, asesinatos de todo tipo. Matanzas en masa como castigo o represalia, cuerpos arrastrados como una macabra carga para escarnio de enemigos ya muertos, profanaciones de cadáveres. Todo se vio o contó en las décadas inaugurales de nuestra nacionalidad. Los relatos son sorprendentemente numerosos.

Algunos viajeros ingleses, como William Henry Hudson, afirman haber observado hábitos de ferocidad en la población. En el libro titulado *Un inglés* —anónimo—, se afirma que «Lo que en Inglaterra terminaría con ojos amorotonados y narices sangrientas termina aquí con un homicidio». En *Tierra purpúrea*, Hudson, quien al irse a Inglaterra nunca más volvió a la Argentina, llamó al nuestro «país fatal»²⁶.

Los versos de *La Cautiva*, de Esteban Echeverría, testimonian un ambiente de violencia.

*Horrible, horrible matanza
hizo el cristiano aquel día;
ni hembra, ni varón, ni cría
de aquella tribu quedó.
La inexorable venganza
siguió el paso a la perfidia
y en no cara y breve lidia
su cerviz al hierro dio.*

En otras partes de *La Cautiva*, podemos leer: *A ti te toca la resbalosa o yo te amasaré el pelo.*

A los cuatro meses del Primer Cabildo Abierto, en Cabeza de Tigre, al sur de Córdoba, fue fusilado Santiago de Liniers, héroe de la Reconquista. Bartolomé Mitre dijo que «se extendía en todas partes el temor que el nuevo Gobierno infundía a sus enemigos al ver sacrificada tan ilustre víctima. La revolución había laureado su bandera tiñéndola en sangre²⁷».

Casi es imposible hacer un inventario de la cantidad de ajusticiamientos sin proceso, degüellos, y decapitaciones. Los actos de violencia llevados a cabo por todos los actores —San Martín fue una magnífica excepción— son innumerables.

Nuestra historia se inició con seis ejecuciones emblemáticas, para no citar los cientos de asesinatos y la lista de muertes violentas que hubo en el siglo XIX. A todos se les quitó la vida por razones políticas.

Santiago de Liniers El líder de la resistencia contra la Revolución de Mayo y sus compañeros son fusilados en Cabeza de Tigre (1810). Se lo mandó fusilar «en nombre de los sagrados derechos del Rey y de la patria». La sentencia de la Junta la firmaron todos sus miembros menos Alberti, por su condición sacerdotal.

Manuel Dorrego El 13 de diciembre de 1828, en Navarro, en un patíbulo improvisado junto a un corral de vacas, fue fusilado por un pelotón del 5.º Regimiento de Línea por orden del general Juan Lavalle, luego de sublevar las tropas bajo su mando en contra de Dorrego, que era el gobernador de la provincia de Buenos Aires. «Toda la ciudad está horrorizada» escribió en un informe el diplomático inglés Woodbine Parish²⁸.

Facundo Quiroga El 16 de febrero de 1835 en Barranca Yaco, al norte de Córdoba, fue asesinado Facundo Quiroga por una partida que mandaba Santos Pérez. Incluso mataron a un niño de catorce años que viajaba en la galera de Quiroga.

Marco Avellaneda Fue degollado el 3 de octubre de 1841; y su cabeza, puesta en exhibición en la plaza de Tucumán,

clavada en una lanza donde quedó dos semanas. Su cadáver fue desollado.

Camila O' Gorman (19 años) y **Ladislao Gutiérrez** (sacerdote): Fueron fusilados el 18 de agosto de 1848, en Santos Lugares, por amarse contraviniendo las leyes del Estado y de la Iglesia católica.

Chacho Peñaloza Ángel Vicente Peñaloza, «Chacho», fue muerto a lanzazos por el coronel Irrarázabal, el 12 de noviembre de 1863, en Olta, un pequeño caserío de La Rioja. Le cortaron la cabeza encanecida y la pusieron en un palo a orillas del camino.

La violencia de la Junta de Mayo fue canalizada hacia las figuras contrarrevolucionarias más representativas. El proceder drástico de la Junta quedó legitimado, porque servía de escarmiento en un momento crucial para la Revolución. No fue jacobino, porque no apuntó al terror generalizado, sino solo a las cabezas de los contrarrevolucionarios²⁹. Se recibieron órdenes estrictas de Moreno: arcabucearlos donde se los encontrase.

El largo período transcurrido desde el Congreso de Tucumán, en 1816, a la Convención Constituyente de Santa Fe, que sancionó la Constitución Nacional en 1853, fue un tiempo de violencia política, de fanatismo, de divisiones sociales hasta en el seno de una misma familia. Los enemigos no recibieron el beneficio de la clemencia, porque el objetivo no era ganar una batalla sino eliminar al enemigo. Las luchas entre unitarios y federales tuvieron lugar en un contexto donde las diferencias culturales aumentaban la desconfianza política y la ausencia de una ley común impedía todo compromiso.

En la época de Rosas, la represión y las conspiraciones fueron frecuentes. El caudillo bonaerense abandonó su primer gobierno en 1832, cuando la Legislatura no le otorgó las facultades extraordinarias, y se hizo cargo de la Comandancia de la Frontera, organizando una campaña militar contra los aborígenes. Fue en esa oportunidad cuando nació la Sociedad Popular Restauradora, llamada «Mazorca», célebre en el recuerdo argentino. La primera Mazorca, estaba conformada por figuras de la sociedad porteña, como Miguel de Riglos o Tomás Manuel de Anchorena.

En uso de esas atribuciones Rosas, después del asesinato de Facundo Quiroga el 2 de marzo de 1835, capturó a los imputados. Los implicados eran un total de sesenta personas. Sus jefes eran los cuatro hermanos Reinafé y el capitán Santos Pérez, quien comandó la patrulla de Barranca Yaco. Las provincias autorizaron a Rosas para que juzgaran el asesinato como un delito federal. Solo se ajustició, en 1837, a dos de los Reinafé —José Vicente, ex gobernador de Córdoba y su hermano, Guillermo—, a Santos Pérez y a otros dos individuos. Sus cadáveres fueron expuestos en la Plaza de Mayo. A partir de ese momento, se consolidó el poder de Rosas en todas las provincias.

Hubo dos acontecimientos que provocaron una severa represión por parte del gobierno de Rosas, los sucesos vinculados al bloqueo francés del Almirante Leblanc de 1838 y la llamada conspiración de Maza y sus ramificaciones en el sur de la Provincia de Buenos Aires.

Los federales castigaron con severidad toda complicidad con extranjeros para conspirar o usar la fuerza contra las autoridades legales. El gobernador de Corrientes, Genaro Berón de Astrada, y el de Santa Fe, Domingo Cullen, trataron por separado con los franceses el desbloqueo de los ríos. Rosas depuso a Cullen, lo hizo fusilar en junio de 1839 y, en marzo de ese mismo año, el general Urquiza había vencido y dado muerte a Astrada en Pago Largo. También fueron asesinados Lavalle, quien usó los barcos franceses desde el Uruguay para intentar una acción militar contra Rosas, y el gobernador de Tucumán, Marco Avellaneda, que le dio su apoyo.

A comienzos de 1839, se formó en Buenos Aires el Club de los Cinco con el fin de derrocar a Rosas. Estuvo integrado por jóvenes que seguían los principios de la Asociación de Mayo en el Salón Literario de Marcos Sastre. El coronel Ramón Maza era uno de los complotados que se comprometió a apoyar el movimiento con sus tropas. Su padre, el doctor Manuel Vicente Maza, que ejercía la presidencia del Tribunal de Justicia y de la Legislatura, también estaba en la conjura.

Enterado de la conspiración por una delación, Rosas ordenó el 24 de junio de 1839 la detención del coronel Maza y aconsejó a su padre, por intermedio del cónsul norteamericano, que dejara el país, cosa que

no llegó a hacer, porque el 27 de junio, mientras firmaba su renuncia en la Legislatura, fue apuñalado por dos hombres embozados en sus ponchos. Uno de ellos, Manuel Gaetán, fue apresado y fusilado por orden del Restaurador. El 28 de junio, fue fusilado el coronel Maza.

El gobierno de Rosas fue autoritario y muy celoso del orden establecido. La historia argentina, en sus diferentes relatos, describió un paisaje sanguinario, como en las *Tablas de Sangre* de Rivera Indarte, o en versiones más temperadas. Regía todavía el viejo derecho español, muy riguroso frente a la traición o la sedición armada.

Hubo dos secuencias cargadas de violencia en la historia argentina, que fueron la época de Rosas y todas las campañas vinculadas a la guerra contra el indio. Todos los bandos cometieron vejaciones y bajas. Sarmiento confiesa en su *Facundo* que Rosas no había inventado nada: «su talento ha consistido solo en plagiar a sus antecesores». Los unitarios también degollaban a sus prisioneros federales, como ocurrió en las Campañas de 1840-41. El general Lavalle había dicho en Entre Ríos: «Es preciso degollarlos a todos. Vengüemos a la sociedad de esos monstruos. Muerte. Muerte, sin piedad»³⁰. Rivadavia, Lavalle y Lamadrid fusilaron.

Hay muchos textos literarios que describen un ambiente de violencia y sangre durante la época de Rosas. Dice, en *Amalia*, José Mármol: «El terror ya no tenía límites» y «No había asilo para nadie».

El coronel Martiniano Chilavert fue otra víctima. Conducido como criminal desde el campo de Caseros, cuenta Adolfo Saldías que su asistente, el sargento Aguilar, entre lágrimas, le ofreció su caballo para que huyera, pero Chilavert le contestó: «Los hombres como yo no huyen. Toma mi reloj y mi anillo y dáselos a Rafael (*su hijo*); toma mi caballo y apéro y sé feliz. Adiós».

El general Urquiza había recibido el día anterior a Chilavert. Sarmiento, junto a Mitre, contempló el cadáver desfigurado de aquel y escribió tiempo después: «¿A quién habrá degollado el general en este pobre Chilavert?»³¹.

Las guerras civiles: de caudillos y militares

Las guerras civiles son una historia que comienza alrededor de 1815, y podríamos afirmar que terminan en el interior del país con la derrota del alzamiento de López Jordán, en la provincia de Entre Ríos, y con los combates por la capitalización de Buenos Aires, en 1880, a nivel nacional. También podríamos decir que el último gran combate interior fue el de Caseros y que las operaciones militares decididas durante las presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda fueron actos de represión organizados por la autoridad legal contra sublevaciones y levantamientos sediciosos. Fueron la expresión misma del conflicto en el seno de los grupos dirigentes, de las luchas entre el interior y la provincia de Buenos Aires, y de las controversias ideológicas entre los federales (al principio, llamados «anarquistas» por sus enemigos) y los unitarios (llamados también «liberales»).

El general José María Paz, que tuvo una activa participación en ellas, ensayó en sus *Memorias Póstumas* (1855) una explicación de las mismas. Se debían, según este inteligente militar, a «la lucha de la parte más ilustrada contra la porción más ignorante; en segundo lugar, la gente de campo se oponía a la de las ciudades; en tercer lugar, la plebe se quería sobreponer a la gente principal; en cuarto, las provincias, celosas de la preponderancia de la capital, querían nivelarla; en quinto lugar, las tendencias democráticas se oponían a las miras aristocratizantes y aun monárquicas». Según Paz, los conflictos que luego desembocaron en las guerras civiles se generaron a partir de la movilización de las poblaciones por el caudillo oriental José Gervasio de Artigas³².

Sarmiento explicaba las luchas civiles desde el enfrentamiento entre dos ámbitos físicos y culturales que eran la ciudad y la campaña. En su *Facundo*, dice que las raíces de las guerras civiles deben encontrarse «en los elementos contrarios invencibles, que se chocan; hubiéranse asignado su parte a la configuración del terreno y de los hábitos que ella engendra; su parte a las tradiciones españolas y a la conciencia nacional, inicua, plebeya, que han dejado la Inquisición y el absolutismo

hispano; su parte a la influencia de las ideas opuestas que han trastornado el mundo político; su parte a la barbarie indígena; su parte a la civilización europea; su parte, en fin, a la democracia consagrada por la Revolución de 1810, a la igualdad, cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad³³».

En realidad, como lo señala Halperin Donghi, los grupos dirigentes de la época hispánica tardía habían perdido influencia con las guerras de la independencia y ese vacío lo llenaron los caudillos o los dirigentes locales, quienes para dirimir sus conflictos apelaron a la movilización popular. Esta permanente convocatoria a la movilización popular para imponer un proyecto político o defender una situación pasará a ser una constante en la política argentina, lo que demuestra la incapacidad de las élites de lograr consensos a través de procedimientos pacíficos.

Los caudillos, estaban apegados a su pueblo y lucharon por la unidad de la nación; ninguno tuvo la tentación de inaugurar dinastías, todos combatieron por una idea de patria. Durante un largo período, las figuras del caudillo y el militar estuvieron entrelazados en una historia común.

Los que criticaron a los caudillos por «bárbaros» sabían que esos «señores de la guerra» tuvieron una autoridad que superaba los mecanismos del razonamiento formal, que fueron feroces en la pelea, que compartían la vida de su gente con autenticidad y que tuvieron, como afirmó el general Paz, de Martín de Güemes, «la elocuencia de los fogones».

La legendaria figura de aquellos caudillos, de maneras tiernas en sus caseríos, pero implacables peleadores por la causa del federalismo que defendían, desapareció del paisaje político nacional cuando el Chacho dejó en Olta su cabeza, o Ricardo López Jordán ahogó sus ideales en los bajíos del litoral. Vicente Fidel López, hijo del ilustre autor del Himno Nacional, afirmaba en su famoso *Manual de Historia Argentina* que todas las desgracias del país «y la decadencia que ha vivido por medio siglo (de 1819 a 1865) provienen del alzamiento de los caudillos Artigas, Ramírez y Estanislao López».

Durante la primera mitad del siglo XIX, militares y caudillos se entrelazaron en una madeja de batallas y escaramuzas en las que pelearon

asumiendo roles antagónicos o coincidentes en busca de un orden político que siempre resultó ser precario o, por lo menos, nunca logró un consenso general. Por eso, la inestabilidad fue parte de la realidad.

Nuestra historia no pudo desprenderse de la guerra civil, y esta no pudo separarse de la jefatura de los hombres de armas y caudillos, figuras dominantes en la lucha por la supremacía. Hasta mediados del siglo pasado, casi todos los principales actores políticos vistieron charreteras. Al principio, fueron los ejércitos de la Independencia cuyos jefes, San Martín, Belgrano, Rondeau o Alvear, simbolizaron la gloria de la patria en su lucha por afirmar nuestra voluntad de ser. A pesar de las intrigas de la diplomacia y de las luchas por el poder, la acción militar dio coherencia y unidad a una nación que demostraba estar quebrada por la discordia interior.

Hasta mediados del siglo pasado, caudillos y militares ocuparon distintos bandos de la contienda. Cuando el sistema de la Constitución de 1853 se consolidó, mientras los caudillos fueron eclipsándose, los militares pasaron a ser soldados de un Estado nuevo. A algunos viejos caudillos se les otorgó un grado de oficial —los caciques también gozaron de este privilegio—, como fue el caso del «Chacho» Peñaloza, quien tuvo el grado de general otorgado por el Congreso. Todos lucharon por la unidad de la nación, combatieron por una idea de patria. No hubo impostores ni oportunistas. No usaron el poder que les dio influencia para enriquecerse.

Años después, cuando el fuego de los cañones y el ruido de los sables se aplacaron, esa historia mereció críticas y alabanzas. Vicente F. López diría que las guerras civiles fueron luchas entre urracas y cuervos que, en vez de picos, usaron cuchillos. No solo hubo grandes críticas a los caudillos, sino a la presencia dominante de los militares. Sarmiento, en su *Facundo*, consideraba que los grandes ejércitos sudamericanos habían sido la consecuencia de una «manía montonera». Juan B. Alberdi manifestó, también, un sentimiento de gran prevención ante el ejército, al que vio degenerar pronto en clase gobernante, mientras que el pueblo se convertía «en clase gobernada o sometida». Sin duda, esta es una posición crítica, más doctrinaria que histórica.

Pero es interesante destacar que, para Alberdi, el militar tenía una valoración muy diferente a la del caudillo. Mientras que descalificaba al primero, aprobaba la función del segundo.

A veces, los más definidos críticos de los caudillos no dejaron de reconocer —como Alberdi lo hizo— su aporte a la democracia y el misterioso instinto que los llevó a plantear como parte de su vida espinosos problemas constitucionales que, en otras culturas, no salen del reducto de reflexión de las élites. Uno de los motivos de las guerras civiles fue una controversia sobre el modelo del orden político que se pretendió instaurar. Unos levantaron las banderas del federalismo, y otros sostenían una visión unitaria. Aquí, los problemas constitucionales fueron planteados por el pueblo casi iletrado, y el debate fue un combate donde se luchó a caballo, con lazos, sables, boleadoras y mucha pasión.

El Partido Federal triunfó sobre la Coalición y las ambiciones de los exiliados unitarios de Montevideo parecían desahuciadas. Al triunfo interior, se sumará la brillante batalla por la defensa de la soberanía nacional sobre los ríos, un gran triunfo para Rosas. En las barrancas de la Vuelta de Obligado, bajo las órdenes del general Lucio Mansilla, las baterías defensivas sorprendieron el paso de una flota anglo-francesa de once buques fuertemente artillados que intentaba remontar el río Paraná hasta Asunción. El gobernador Rosas resistió el bloqueo sin ceder, en el combate de Obligado del 20 de noviembre de 1845, que ha quedado en la memoria popular como un hito de la defensa de la soberanía. En verdad, los buques lograron pasar y se dirigieron aguas arriba, pero la permanente hostilización de su navegación por las fuerzas argentinas desde las márgenes del Paraná frustró el operativo. En 1849, se firmó un acuerdo con Inglaterra y, en 1850, otro con Francia, por los cuales ambas potencias reconocieron la soberanía de la Confederación sobre los ríos. Fue un resonante triunfo diplomático para la política de Rosas.

El Libertador José de San Martín, desde Boulogne-Sur-Mer, en Francia, donde residía momentáneamente, por una carta fechada el 2 de noviembre de 1848, felicitó a Rosas por su resistencia en defensa del honor nacional. La carta que el general San Martín escribió al gobernador Juan Manuel de Rosas decía, entre otros conceptos, lo siguiente:

He tenido una verdadera satisfacción al saber el levantamiento del injusto bloqueo con que nos hostilizaban las dos primeras naciones europeas; esta satisfacción es tanto más completa, cuanto que el honor del país no ha tenido nada que sufrir, y por el contrario presenta a todos los nuevos Estados americanos un modelo que seguir. Jamás he dudado que nuestra patria tuviese que avergonzarse de ninguna concesión humillante presidiendo Ud. sus destinos; por el contrario, más bien he creído no tirase Ud. demasiado la cuerda en las negociaciones seguidas cuando se trataba del honor nacional. Reciba Ud. Y nuestra patria mis más sinceras enhorabuenas.

(Héctor Juan Piccinali, *San Martín y Rosas*)

En su testamento, San Martín le ofreció a Rosas el más preciado legado que podía hacer el Libertador: su sable. «El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la Independencia de la América del Sud, le será entregado al general de la República Argentina Don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como Argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla» (testamento del general José de San Martín).

El acoso a Rosas terminó con la derrota de la coalición del Norte, porque la provincia de Corrientes volvió a sublevarse contra el Restaurador. Los hermanos Joaquín y Juan Madariaga habían invadido la provincia, depuesto el Gobierno y nombrado gobernador el primero de ellos (agosto de 1843). Decidido a enfrentarse con el jefe de la Confederación, convocó nuevamente al general Paz para que asumiera la jefatura de un ejército de cinco mil hombres. El gobernador de Entre Ríos, el general Urquiza derrotó a los correntinos en Laguna Limpia (4 de febrero de 1846). Madariaga tenía el proyecto de crear la República de la Mesopotamia y de darle a Urquiza la jefatura. Ambos se encontraron en Alcaraz y sin el visto bueno de Rosas firmaron un tratado de amistad entre sus respectivas provincias (15 de agosto de 1846).

La noticia del tratado de Alcaraz que reconocía el estatus de la provincia de Corrientes fue recibida con indignación por Rosas quien lo consideró «humillante, descabellado e inmundado». Rosas le expresó al general Pacheco: «nunca pude imaginar que la ceguedad y miseria del general Urquiza lo condujeran a un procedimiento tan inaudito, a un baldón sin cuenta en la historia de los argentinos»³⁴.

En estas épocas en que las luchas entre «cuervos» y «urracas» eran feroces, como diría el historiador Vicente F. López, todo era posible. Urquiza dio marcha atrás y, por pedido de Rosas, anuló el Tratado de Alcaraz, invadió la provincia, enfrentó a su amigo Joaquín Madariaga y lo derrotó en la sangrienta batalla de Potrero de Vences (27 de noviembre de 1847). Lo peor de esta historia es que después del combate todos los prisioneros fueron degollados, y solo los hermanos Madariaga salvaron, por milagro, sus vidas en el Paraguay.

Corrientes se reincorporó nuevamente a la Confederación.

Caseros o el fin del sistema provincial

El 5 de abril de 1851, Urquiza redactó una circular por la que invitaba a los gobernadores a «salvar las Repúblicas del Plata» del «genio maléfico que preside los consejos del gobernador de Buenos Aires». Algunos gobernadores, como los de Salta, Tucumán y San Juan, consideraron la conducta de Urquiza «una verdadera traición» que ofrecía al mundo el ejemplo «de la más negra deslealtad a su patria y a los principios que esta le encargó defender»³⁵.

La situación no tenía retorno, y el 1 de mayo de 1851 lanzó su «Pronunciamiento» porque la situación física de don Juan Manuel de Rosas «no le permitía por más tiempo continuar al frente de los negocios públicos dirigiendo las relaciones exteriores y los asuntos generales de paz y guerra de la Confederación Argentina».

El proceso que terminó con el derrumbe del sistema rosista tuvo varias causas además del pronunciamiento de Urquiza, que privaría a la Confederación del mejor de sus ejércitos. No lo derrotaron ni la opinión

pública —si la hubo en esa época— ni los unitarios. En primer lugar, fue el cerco diplomático con que el Imperio del Brasil rodeó a la Confederación. Otras causas son la ausencia de una marina frente a la presencia de la armada imperial en el Río de la Plata y la infidelidad de muchos de sus allegados y, por qué no, el abatimiento personal de Rosas.

El gobernador Urquiza negoció una alianza con el Brasil para sumar el Imperio a la operación militar. Este acuerdo se concretó el 29 de mayo de 1851 mediante un convenio «entre el Brasil, la República Oriental del Uruguay y Entre Ríos, para una alianza ofensiva y defensiva, a fin de mantener la independencia y de pacificar el territorio de aquella Provincia». El objetivo formal de la Alianza era «mantener la independencia, y pacificar el territorio de la Republica Oriental del Uruguay, haciendo salir al general don Manuel Oribe y las fuerzas argentinas que manda» (Art. 1.º). El objetivo real fue combatir a la Confederación Argentina.

Cuando el Brasil penetró en la Banda Oriental, Rosas indignado tuvo conocimiento del Tratado de 1851. La Confederación entonces declaró la guerra al Brasil el 18 de agosto de 1851 y notificó a Gran Bretaña su decisión de que corriera el plazo de seis meses de notificación que establecía el Tratado de 1828. El Tratado entre el Imperio del Brasil y la Confederación de 1828 obligaba a las partes, en su artículo 158, a enviar un preaviso de seis meses a Gran Bretaña de su intención de ir a la guerra³⁵. Gran Bretaña intentó impedir la guerra, mientras la política de Rosas fue tratar de reintegrar al Paraguay a la Confederación Argentina y evitar que el Uruguay cayera bajo la órbita del Imperio. Los informes diplomáticos afirman que el Brasil desplegaba una serie de acciones para prestarle asistencia al Paraguay —Rosas no perdonaba que el Brasil hubiese reconocido la independencia del Paraguay— y lograr alianzas con Uruguay y Corrientes. No cabe duda de que este tratado instituía una coalición contra la Argentina.

Hay mucha literatura y documentación que permitiría comprobar que hubo una instrumentación de voluntades y desertiones facilitadas por sobornos. Después de Caseros, Urquiza firmó 175 órdenes de pago a personalidades civiles y militares que hasta la víspera de aquella batalla habían sido colaboradores o consejeros de Rosas.

El diplomático inglés Gore afirmaba «casi todos los jefes en quienes Rosas confió se encuentran ahora al servicio de Urquiza». Agregó: «Nunca hubo un hombre tan traicionado³⁶».

En el campo de Caseros, las tropas de la Confederación, 23 000 hombres y 56 piezas de artillería conducidos por Juan Manuel de Rosas se enfrentaron a las tropas aliadas del Ejército Grande. La batalla fue corta y adversa para la Confederación. A poco más de mediodía, Rosas aceptó su derrota, se apeó del caballo y, apoyando un papel sobre la rodilla, escribió con lápiz su renuncia dirigida a la Sala de Representantes. Era el 3 de febrero de 1852 y escribía:

Señores representantes: es llegado el caso de devolveros la investidura de gobernador de la provincia y la suma del poder con que os dignaste honrarme. Creo haber llenado mi deber como todos los señores representantes, nuestros conciudadanos, verdaderos federales, y mis compatriotas y compañeros de armas. Si más no hemos hecho en el sostén sagrado de nuestra independencia, de nuestra integridad y nuestro honor, es porque más no hemos podido (...). Herido en la mano derecha, y en el campo, perdonad que os escriba con lápiz esta nota y de una letra trabajosa. Dios guarde a V.H. muchos años.

Se dirigió en seguida a la residencia del encargado de negocios británico Robert Gore y, junto a su hija Manuelita, se embarcó a Inglaterra. Allí murió, anciano y abandonado por la mayoría de sus amigos y de aquellos a quien benefició con su generosidad.

Vencido Rosas en Caseros, el 20 de febrero entraron triunfales las tropas de la alianza argentino-brasileña. Se cree que esto se debió a una imposición de los brasileños. El marqués de Caixas les exigió finalmente: «La victoria de esta campaña es una victoria del Brasil, y la División Imperial entrará en Buenos Aires con todas las honras que le son debidas, quiera Vuestra Excelencia que sea conveniente o no».

Urquiza se negó a devolver las banderas de Ituzaingó que estaban en la Catedral e informó incorrectamente la hora de la parada militar por la vergüenza que le producía desfilar al frente de tropas extranjeras. Cuando el representante del Gobierno del Brasil fue a entrevistarlo en Palermo para recordarle las concesiones territoriales que Argentina debía proporcionar a cambio del apoyo recibido, Urquiza le contestó rabioso que todo se lo debía el Brasil a él: «Rosas hubiera terminado con el Emperador y hasta con la unidad brasileña si no fuera por mí», afirmó, y también, «Si yo hubiera quedado junto a Rosas, no habría a estas horas Emperador». El representante se retiró ofendido.

La ciudad de Buenos Aires fue ocupada por el Ejército Grande, y se supo de muchas ejecuciones por parte de las tropas. Como dijo Juan Manuel Beruti, testigo del momento, «todas las soldadescas dispersadas y la que estaba en la Ciudad desmandada en partidas con la plebe, se pusieron a saquear las casas de comercio como tiendas, almacenes, pulperías, casas de oficios, platerías, zapaterías, etc.»³⁷

Urquiza proclamó que no había «ni vencedores ni vencidos».

La historia fue otra, como lo testimonia la ejecución del coronel Mariano Chilavert, quien murió martirizado; del coronel Martín Santa Coloma, degollado, y también fueron, sin juicio previo, fusilados todos los integrantes de la división del coronel Aquino, cuyos cadáveres se colgaron en los árboles de Palermo.

Hay muchas elucubraciones sobre las causas, las explicaciones y los motivos de la derrota de Caseros. Se dice que el ejército de la Confederación careció de plan (el día anterior se realizó una Junta de Guerra, porque no se sabía qué hacer, a pesar de lo cual, Rosas decidió dar batalla). El almirante francés Le Predour afirmó que en Caseros «hubo un simulacro de batalla, un peleleme confuso, durante el cual Rosas fue abandonado por sus tropas a pesar del coraje y sangre fría que demostró³⁸».

En su historia de la Argentina, Adolfo Saldías llama al encuentro «la dispersión de Caseros». Sarmiento señala, por su parte, que los soldados de Rosas no pelearon. Los brasileiros recuperaron el honor perdido por sus armas el 20 de febrero de 1828 en la batalla de Ituzaingó³⁹.

Notas al capítulo I

1. González, Joaquín V. (1979)
2. Furlong, Guillermo S. J. (1961)
3. Lanús, Juan Archibaldo (1988)
4. De Gandía, Enrique (1967)
5. Moreno, Gabriel René (1970)
6. Lozier Almazán, Bernardo (2009)
7. Corbellini, Enrique (1950)
8. Lozier Almazán, Bernardo (2009)
9. Levene, Ricardo (1960)
10. Lozier Almazán, Bernardo (2009)
11. Marfany, Roberto (1958)
12. Galaso, Norberto (2010); Chávez, Fermín (1967); Mitre, Bartolomé (1947); Peña, Miliciades (1970); Wast, Hugo (1960); Shunway, Nicolás (2005) y Lanús, Juan Archibaldo (1988).
13. Galaso, Norberto (2010); Irazusta, Julio (1962); López, Vicente Fidel (1913) y Lanús, Juan Archibaldo (1988)
14. González, Joaquín V. (1979)
15. *Crónica Histórica Argentina* (1968)
16. Lynch, John (2009)
17. Rosa, José María (1970)
18. Mitre, Bartolomé (1947)
19. Lynch, John (2009)
20. Rosa, José María (1970)
21. Lynch, John (2009)
22. Lozier Almazán, Bernardo (2009)
23. Scobie, James (1964)
24. Lozier Almazán, Bernardo (2009)
25. *La Gaceta Mercantil*, 14 de abril de 1835
26. Hudson, William Henry (2005)
27. Mitre, Bartolomé (1947)
28. Parish, Aberdeen, N.º 44, 15 de diciembre de 1828. P.R.O. F. 623
29. Massot, Vicente (2003)
30. Massot, Vicente (2003)
31. Saldías, Adolfo (1978)
32. Paz, José María (1892)
33. Sarmiento, Domingo F. (1977)
34. Lozier Almazán, Bernardo (2009)
35. Rosa, José María (1964), «La caída de Rosas», en *Historia*, N.º 35.
36. Gore A. Palmerston, Buenos Aires, 9 de febrero 1852.
37. Santos Martínez, Pedro (2009)
38. La Predour (1852). Archives des Affaires étrangères. Politique. *Correspondence politique* (Francia).
39. Sierra, Vicente (1972)